

La Ilustración Artística

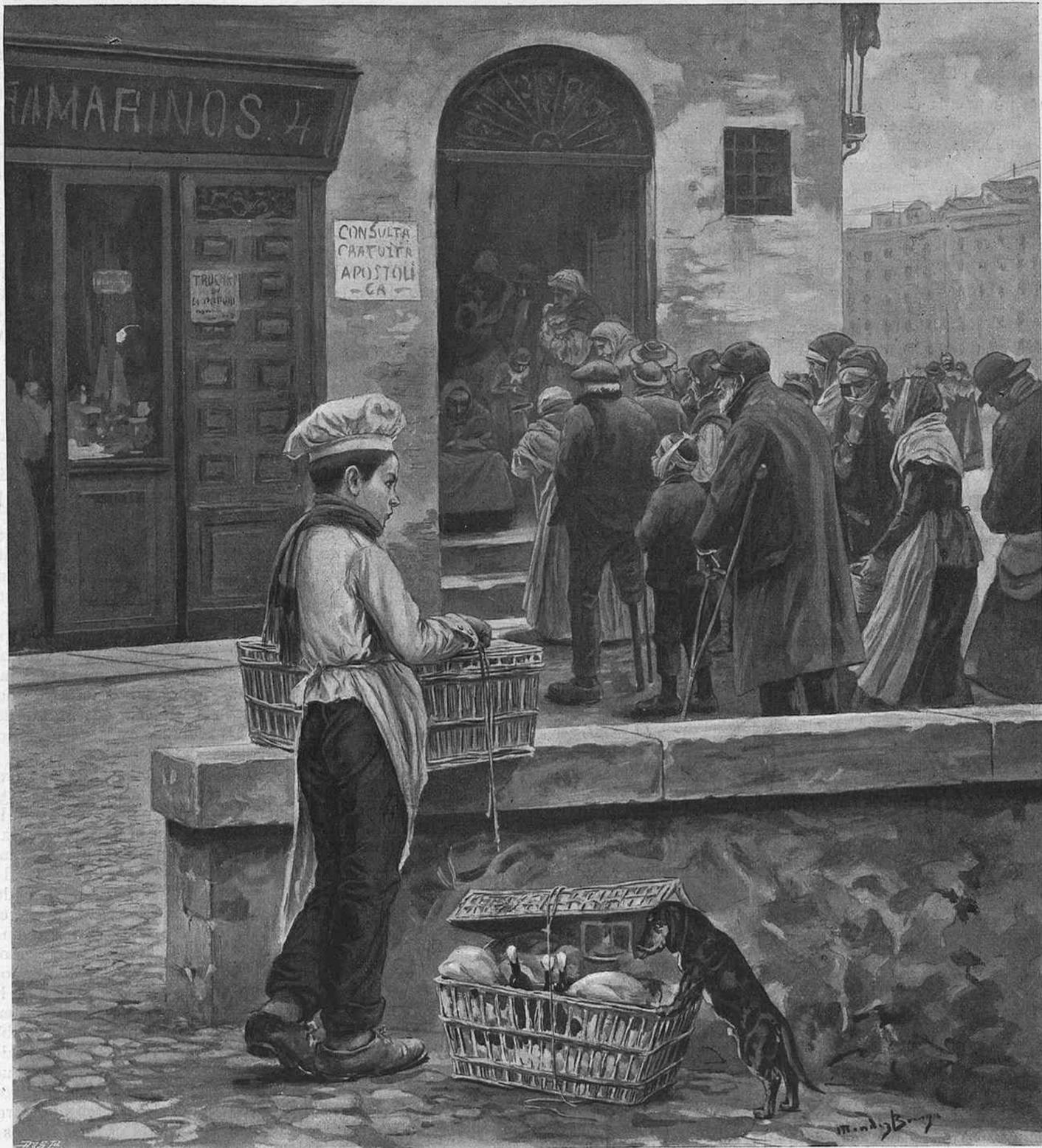
AÑO XVI

← BARCELONA 12 DE JULIO DE 1897 →

NÚM. 811

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUPERSTICIONES POPULARES



LA CONSULTA DE LOS APÓSTOLES DEL AGUA EN MADRID, dibujo de N. Méndez Bringa

(Véase el artículo del Sr. Danvila Jaldero)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *D. José Echegaray*, por Kasabal. — *Supersticiones populares. Los apóstoles del agua en Madrid*, por A. Danvila Jaldero. — *La Inquisidora*, por José Zahonero. — *Nuestros grabados. Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela original de la notable escritora alemana Eugenia Marlitt (continuación). — *La exposición industrial*, por A. García Llansó. — *Los españoles en la República Argentina.*

Grabados.—*Supersticiones populares. La consulta de los apóstoles del agua en Madrid*, dibujo de N. Méndez Bringa. — *D. José Echegaray. Guerra de Filipinas. Embarcadero de 281 brazas de longitud. Sección de dos piezas de artillería. Llegada de una gabarra conduciendo una batería. Una misa de campaña en la plaza de Parañaque. Vista del río Pasig y de la ciudad de Manila. Juegos Florales de Granada.* — *D. Francisco de P. Villa Real*, iniciador y organizador de los Juegos Florales. *Srita. D.ª Margarita Vasco*, reina de la fiesta. *D. Miguel Gutiérrez*, autor de la poesía *La Paz*, premiada con la flor natural. — *Sesión de los Juegos Florales celebrados en 25 de junio último por la Real Sociedad Económica de Granada en el Palacio de Carlos V en la Alhambra.* — Figs. 1, 2 y 3. La aplicación de los rayos X a los registros aduaneros. — *La industria española en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona. Exposición de industrias creadas, introducidas y desarrolladas en España al amparo del vigente arancel, organizada por el Fomento del Trabajo Nacional, de Barcelona.* — *Los españoles en la República Argentina. Retratos de D. Gonzalo Segovia, conde de Casa-Segovia; Excelentísimo Sr. D. Juan Durán y Cuerdo, y D. Rosendo Ballesteros de la Torre.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido en mi pasada crónica responder á una carta de índole literaria que me escriben desde esa Barcelona tan intelectual, en que tanto se lee y se digiere tan bien lo leído; y lo hago con gusto, como siempre que se dirigen á mí personas que demuestran interesarse en estas cuestiones, halagando así la pacífica manía de los que las tenemos por importantísimas y nos pasamos la vida curioseándolas.

Trátase en la carta á que me refiero, y que viene firmada por el Sr. Ignacio Genover, del ya asendereado epigrama que Ventura de la Vega disparó contra D. Manuel Bretón de los Herreros en ocasión de no querer éste prestarle unos duros con que pensaba solucionar, como ahora dicen, no sé qué conflictos económicos. Recordarán mis consecuentes lectores que desde América me escribía el Sr. Venegas para advertirme que ese epigrama no era de Vega, sino traducción literal del poeta francés La Martinière (un vate algo menor que Lamartine). Publiqué muy gustosa esta advertencia sin extrañar el hecho denunciado, que es frecuentísimo en las letras españolas; las cuales, desde fines del para nosotros venturoso siglo XVII, último de nuestro esplendor y poderío, han dejado de dominar é influir, y son poderosamente influenciadas y dominadas. Mas para consuelo del amor propio nacional, el Sr. Genover me recuerda que á su vez La Martinière tomó este epigrama de un poeta de la Antología griega. Lo admito sin vacilar, y no acoto la cita, según las indicaciones del Sr. Genover, porque tengo ese libro y otros muchísimos en cajones clavados, esperando la hora en que á mi reducida estantería de la Granja de Meirás suceda una desahogada biblioteca en el Pazo, que está construyéndose. ¡Ah! Los que conocen la vida contemporánea saben bien qué problema representan en ella los libros. Nada requiere tan buena y cómoda colocación, tan á mano, tan fácil y ordenada, si se ha de beneficiar la lectura; porque tener los libros amontonados y revueltos equivale á no tenerlos; y nada ocupa más espacio, un espacio casi incompatible con la estrechez y penuria de las viviendas — aun las que pasan por buenas en las grandes capitales. — En Madrid vierais las casas de todos los estudiosos que no poseen una quinta ó un caserón de provincia donde almacenar y acomodar libros; vierais, digo, esas casas recargadas por todas partes de estantes y tableros, aprovechando pasillos, antecorredores, los menores rincones y dependencias donde es posible colgar una tabla abrumada de papel impreso. Las moradas de D. Juan Valera, D. Juan Facundo Riaño, Emilio Castelar y otros «amigos de la letra de imprenta», me recuerdan siempre el caso de aquel estrafalario, Tomás Quincey, que alquilaba una casa é iba metiendo y apilando en ella libros y más libros, folletos y más folletos, papeles y más papeles, hasta que ya sólo quedaban para el tránsito por entre los rimeros de papelería unos senderitos angostos; por los cuales no cabía una persona corpulenta, y había que escurrirse y deslizarse como un reptil y de costado. Así que estos mismos senderos se rellenaban también, Quincey se declaraba *snowed up* (*nevado*, sepultado bajo la nieve del papel), y bonitamente echaba la llave á la casa y alquilaba otra, también para rellenarla y abandonarla así que la viese hasta los topes. Siéndome imposible emplear el costoso sistema de Quincey, y teniendo bien puesto el vicio de los libros; viendo crecer de un modo terrorífico mi fondo de biblioteca y soñando con alojarla de un modo conveniente algún día, por hoy la guardo en gran parte prisionera en jaulas, que es lo propio que si no la poseyese. Por tan plausible razón no consulto la edición de la *Biblioteca Universal* á que se refiere el Sr. Genover; y repito que creo, á estilo del boticario, «como si lo viera», que el consabido epigrama se remonta á Grecia, y que allí lo cazó La Martinière. Porque es caso muy general que al investigar el origen de las obras literarias se les encuentre numerosa ascendencia y descendencia no menos abundante; como sucede á este epigrama de la culebra, serpiente ó víbora que reventó con el veneno absorbido al picar al literato. El Sr. Genover saca á luz, además del ascendiente, el descendiente del epigrama; y es otro epigrama de Voltaire contra Fréron, que habré leído lo menos dos ó tres veces, porque otras tantas he recorrido de cabo á rabo al «patriarca de Ferrey», el cual, como escritor, cada día me encanta más por la viril sencillez y tersura de su prosa — al paso que me cansan el lirismo y la afeminación de Rousseau. — No estaba, sin embargo, presente á mi memoria el epigrama, que casi palabra por palabra tradujo Ventura de la Vega aplicándolo al autor de *Marcela*:

L' autre jour, au fond d' un vallon,
un serpent mordit Jean Fréron:
¿que pensez vous qu' il arriva?
Ce fut le serpent qui creva.

* * *

Es bien cierto el dicho de Brunetiere; que el autor más original, aunque haya escrito cien volúmenes, sólo tiene uno ó parte de él que le pertenezca, que sea suyo y nada más que suyo. Casi siempre que apuramos una genealogía literaria comprobamos esta verdad. Hace algunos años publiqué en *El Liberal* un cuento, y á pesar de haber advertido que estaba tomado de una colección de cuentos chinos, hubo quien advirtió que era de Voltaire. Insistí en que ni era de Voltaire ni mío más que por la respectiva redacción, y que el asunto se encontraba originariamente en los susodichos cuentos chinos, recogidos por los misioneros y los padres jesuitas; y como estos escarceos son divertidos, anuncié que iba á publicar otro cuento y ofrecí un insignificante premio al que dijese de qué autor *español* había tomado su asunto. Salió el cuento, titulado *La hierba milagrosa*, y llovieron sobre mi escritorio cartas citando los varios autores, extranjeros y españoles, donde existen redacciones más ó menos variadas de su argumento. Nadie acertó, sin embargo, con el autor español donde yo lo había encontrado, en un parralillo: este autor era Luis Vives, en su *Institución de la mujer cristiana*. Pero de la disquisición saqué en limpio que apenas existe cuento sentencioso, moral ó fantástico que no se halle en veinte ó treinta autores, los cuales se lo pasan de mano en mano como el cucurucho de papel, y no tienen más cuidado que transmitirlo encendido, es decir, en bello estilo y con redacción y sentimiento personal. Y es digno de notarse que muchos cuentos vulgares, al través de los anillos de esa cadena, llegan á ser joyas — como sucedió á la regocijada historieta del *Corregidor y la Molinera*, que tan castizo y artístico sello adquirió pasando á la pluma de Alarcón desde el inagotable fondo del *folklore* ó sabiduría popular.

* * *

El pueblo es la cantera donde yace en bloque, en compacto y denso bloque, no sólo la materia literaria y estética, sino los sentimientos y las pasiones. Ved ese episodio de Madrid, ese doble suicidio, repetido casi en las mismas circunstancias con tres años de intervalo. Al lado de esta trágica escena, ¡qué mezquinas parecen nuestras preocupaciones literarias, qué pigmeas las luchas políticas, qué bajas las aspiraciones positivistas de los que quieren abrazar los bienes terrenales, como si hubiesen de poseerlos por una eternidad!

Esos enamorados de Madrid, en quien alguien ha querido ver la prueba de la supervivencia del romanticismo, son la prueba de su cursi anemia. Cambian los ideales artísticos, pero no cambian los puramente humanos; y esa pareja que Dante hizo girar en la *bufera* de su Infierno, arrastrada y prolongando por los siglos de los siglos su abrazo desesperado y esté-

ril, aparece á cada vuelta de la rueda del tiempo, como para decirnos que hay algo que no varía á merced de las distintas civilizaciones y los diversísimos estados de la colectividad. He oído calificar de muy distinta manera el suicidio del Romeo y la Julieta madrileños; y claro es que las calificaciones dependen del punto de vista en que se coloca el censor. La Iglesia nos enseña que el suicidio es un pecado mortal; la ciencia lo considera consecuencia de un estado patológico; la filosofía entiende que lo determina una perturbación de la razón; el egoísta, metido en su concha de tortuga, se encoge de hombros ó se ríe de que haya quien deje esta vida por su gusto; el moralista truena contra esa violenta substracción al deber social; y todos tienen razón desde su cátedra ó desde su ventanillo; pero el artista, desde su nube, desde el mirador del alcázar de sus sueños, la tiene también cuando exclama: «¡Hermosa tragedia!», y, pensativo, afila el lápiz ó enristra la pluma...

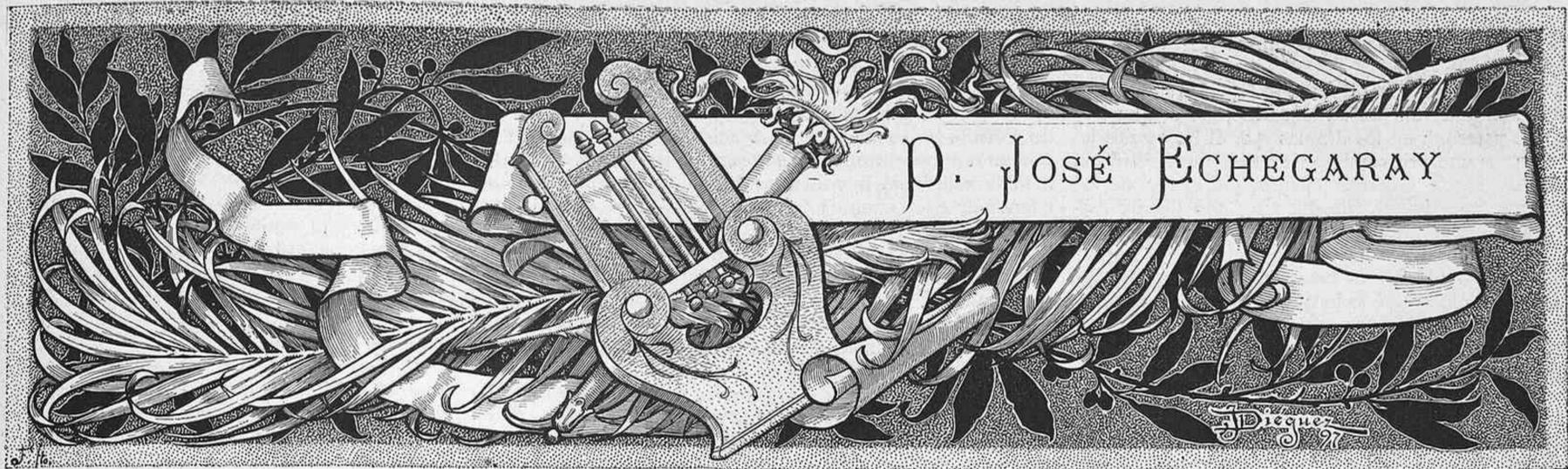
Ni combinada por un dramaturgo insigne sería la tragedia más completa, sentida y rica en detalles que le prestan interés. Escenas, pocas: una de amoroso idilio, otra de muerte. ¡Pero con qué exactitud y rigor se cumplió el programa trazado de antemano por los novios! ¡Qué lejos estuvieron de vacilar, de temer, de hacer alharacas y remilgos; qué entereza, qué decisión estoica en esa niña de diez y seis años y ese mozo de veinte! ¡Con cuánta serenidad se ataron y enlazaron para que no los desuniesen y separasen ni las convulsiones de la agonía! ¡Con qué sonriente y tierna aquiescencia presentó ella la sien al cañón de la pistola, como presentaría la mejilla al beso! ¡Con qué energía é instantaneidad envió él la muerte ofrecida y se dió la propia, deseoso de llegar á la inexplorada costa al mismo tiempo que su amante; de no hacerse esperar ni un segundo en las tristes playas de la muerte!

Hay una novela de Pablo Bourget, *El discípulo*, donde se estudia un caso de la enfermedad moral dominante en estos últimos años del siglo, que es una especie de parálisis de la voluntad. El héroe de la novela, pervertido por las doctrinas del filósofo Adriano Sixto, mortificado en su orgullo y en su amor propio por su inferioridad social, se propone seducir á una señorita de noble familia, y lo consigue, con la promesa de que morirán juntos bebiendo un veneno. Pero llegado el momento de expiar con tan terrible castigo el extravío amoroso, el joven discípulo del determinista Sixto no encuentra en su alma fuerzas para el sacrificio, y entonces la señorita, indignada y despreciándole, se da la muerte ella sola. La idea de Bourget — que la civilización, el refinamiento y el abuso del análisis quitan el vigor de la acción y matan el heroísmo natural — parecería demostrada por el doble suicidio de Madrid, si no recordásemos que casos parecidos han tenido por actores á príncipes reales, herederos de una doble corona.

El caso de Madrid, de todos modos, merece un lugar especial en la estadística de estos sucesos, más frecuentes de lo que se cree. La edad de la Julieta, diez y seis años, una edad de adolescente que es una sonrisa; la del Romeo, veinte, un poema de juventud y de esperanzas; las cartas que proclamaban á la vez su felicidad, su gozo en la tumba, su espiritualismo en el ruego de ser enterrados juntos, y por último, el típico motín de cigarrerías, gracias al cual pudo realizarse este deseo, y los huesos de los dos amantes se ven reunidos en la misma sepultura, apoteosis final digna del pueblo de D. Juan Tenorio, donde hay un Dios de clemencia y una teología y una casuística propias de tan soñadora religión..., todo esto compone un suceso real demasiado bonito, inverosímil, como lo parecen á primera vista ciertos dramas de la verdad. La verdad no sufre competencias cuando se resuelve á hacer arte; la verdad es el poeta más inspirado, el dramaturgo más fecundo en peripecias, el historiador más rico de doctrina, el novelista más interesante y que menos «se cae de las manos» y por eso yo disculpo á los aficionados á saber vidas ajenas; porque cada vida, ajena ó propia, puede contener un mundo de enseñanza y de hermosura, y la curiosidad tiene la llave de ese misterioso mundo.

Los periódicos, con motivo del doble suicidio y del entierro de los amantes, han elogiado á las cigarrerías. A mí no me sorprende nada bueno ni heroico de cuanto hagan estas mujeres generosísimas, á quienes tuve ocasión de ver muy de cerca durante más de un mes en la Fábrica de Tabacos de mi pueblo. Son el desinterés en persona. ¡Pobres jornaleras, que podrían amotinarse por mil motivos egoístas, por más salario, por consignas, por la incomodidad é insalubridad de los talleres..., y sólo se alborotan y encespan por una poesía, por una estrofa — por reunir en el sepulcro á Julieta y Romeo!

EMILIA PARDO BAZÁN



D. JOSÉ ECHEGARAY

— Contadnos, mi querido conde, decía una noche Napoleón I, que se hallaba rodeado de los personajes que formaban de ordinario su tertulia, contadnos lo que dicen por ahí de mí.

Aquel á quien se dirigía el soberano era el conde Luis de Narbonne, que pasaba, no sin razón, por ser uno de los hombres más ingeniosos de su época y que regresaba á París después de haber desempeñado una misión diplomática que el czar le había confiado.

— Señor, contestó el cortesano inclinándose respetuosamente, hay quien dice que V. M. es un dios.

— ¡Un dios!.. Eso es demasiado, contestó el emperador, lanzando una alegre carcajada... ¿Pero son todos de esa opinión?, añadió después de haber recobrado su seriedad.

— No ocultaré á V. M., repuso M. de Narbonne inclinándose más respetuosamente que la vez primera, que hay quien asegura que el emperador de los franceses es un diablo.

Napoleón frunció su olímpico entrecejo al escuchar esta palabra.

— Pero no hay nadie que se atreva á decir que V. M. es un hombre, añadió vivamente el listo cortesano temiendo haber desagradado á su señor.

El Sr. de Napoleón desapareció, y dirigiéndose cariñosamente á su favorito, se apoyó en su brazo y le llevó á un ángulo de la cámara para interrogarle allí seriamente acerca de la misión que le había confiado.

Lo que el conde Luis de Narbonne decía de Napoleón, puede decirse de D. José Echegaray, sin incurrir en adulación cortesana. Créenle sus entusiastas partidarios el dios reparador del teatro moderno. Le tildan los adversarios del género que cultiva con predilección, como un fantástico enemigo de la verdad; pero no hay nadie que ose decir que es sólo un escritor distinguido, y todos convienen con razón en que hay en su genio mucho de extraordinario.

Y digo en su genio, porque en su vida, aparte de aquella gran sorpresa que dió al público cuando allá por el año 1873 se presentó con *La esposa del vengador*, revelándose como autor dramático de primer orden y poeta de riquísima fantasía el que había sido ministro de Fomento y de Hacienda y era sólo conocido como profundo matemático, no hay nada que se salga de lo ordinario y corriente para dar á su existencia caracteres novelescos.

Nacido en el riñón de la clase media; hijo de un médico aragonés que gozaba, gracias á su trabajo, de lo necesario para sostener decorosamente á su familia, y de una señora vizcaína que era el orden y el arreglo personificados, su infancia se deslizó serena y apacible en medio del cariño de los suyos, recibiendo el equilibrio moral que nacía de las cualidades de los autores de sus días.

Sin embargo, en el consorcio del hombre de ciencia nacido en Aragón y de la señora de su casa procedente de las Provincias Vascongadas hubo algo favorable á la propagación del genio, porque todos sus hijos, el mayor, que es nuestro D. José; el segundo, el ingeniero; el tercero, D. Miguel, el aplaudido autor

cómico, y la única hija que tuvieron, doña Pastora, todos recibieron algo de la chispa divina.

Diríase que Echegaray, padre, el respetable doctor en Medicina y profesor de Botánica, disponía de un

consistían en la lectura de libros amenos y especialmente de cuantas novelas y comedias caían en sus manos; porque aunque hasta que pasó de los cuarenta años no escribió un solo verso, ni había dado nada al teatro, el espíritu romántico ha ido en él siempre unido á su afición por la ciencia exacta, y desde muy pequeño y por cualquier motivo forjaba en su imaginación escenas dramáticas que tenían por asunto lo que le pasaba y de las que él mismo era el héroe.

En la aplicación de Echegaray debe haber también influido mucho su anhelo, que no puede llamarse ambición en su sentido más corriente, sino anhelo generoso de ocupar los primeros puestos en todo aquello á que se ha dedicado.

Como alumno, sobresaliente; como ingeniero, el número uno de su promoción; como político, ministro, y como autor dramático, siempre en primera línea, produciendo con sus obras tempestades más ó menos terribles, pero nunca la indiferencia.

Si se afana por llegar á los primeros puestos, no se desvela para conservarlos; dejó la carrera de ingeniero cuando todo en ella le sonreía, y ha abandonado la política cuando podía esperar, no sin fundamento, volver á desempeñar carteras, cambiarlas por embajadas, ó bien una situación parlamentaria de primer orden, de esas que hacen disponer de mucha influencia y son como virreinos dentro de España.

Pero hoy por hoy no es nada más que autor dramático, aunque no deje de ocuparse alguna que otra vez en asuntos de su profesión y aunque escriba con frecuencia notables artículos científicos.

Vive con comodidad burguesa, pero sin ningún género de ostentación, y su único lujo es la casa de campo que se ha hecho construir en Murcia y donde va á pasar los veranos con su familia y á preparar sus trabajos para el invierno. Su cesantía de ministro, lo que le producen sus obras dramáticas, lo que gana en algún asunto de su carrera y con su co-

laboración constante en periódicos y revistas le dan lo bastante para cubrir sus necesidades y las de los suyos sin sentir apuro, pero sin permitirse más prodigalidades que los regalos que hace á los artistas que interpretan sus obras las noches en que celebran sus beneficios.

No tiene coche, ni creo que lo necesite. Anda con gusto á pie ó sube al tranvía cuando se cansa. La sociedad la frecuente poco, pero no huye de ella y acepta las invitaciones para algunos banquetes, sentándose con gusto á la mesa del Sr. Cánovas del Castillo ó de la señora Pardo de Bazán, siendo un comensal amenísimo. Pero su tertulia predilecta es la que se forma en el cuarto que ocupa en el teatro Español la señora Guerrero, su actriz favorita. Va allí todas las noches, como iba al cuarto de Rafael Calvo, en aquellos tiempos del apogeo de la gloria del insigne y malogrado actor en que arrebató al público en *Mar sin orillas* ó *En el seno de la muerte*.

Por el famoso y llorado actor tuvo el insigne dramaturgo una amistad cariñosísima, que era correspondida, y el rasgo de aquel artista inolvidable, que era un cumplidísimo caballero, cuando al regresar de una campaña artística por América entregó á Echegaray los derechos que le correspondían como autor



D. José Echegaray

troquel con el que imprimía á sus hijos cuando nacían un sello que les comunicaba el genio. En el primero le imprimió con vigor y fuerza, en los otros quizá más débilmente; pero el caso es que no hay un Echegaray de esa línea sin talento que se sale de lo corriente, distinguiéndose entre todos el primogénito.

Del equilibrio de sus facultades y del orden con que se deslizó su infancia y entró en la juventud nació, sin duda, su predilección por las matemáticas y su vocación por la carrera de ingeniero, que siguió con gran brillantez, obteniendo en todas las asignaturas la nota de sobresaliente y saliendo con el número uno de la Escuela, después de los cinco años reglamentarios de estudios.

La aplicación ha sido una de las cualidades distintivas de Echegaray; fué aplicado en la escuela de primeras letras, aplicadísimo cuando estudió el latín y no menos en los estudios superiores, y esto lo ha hecho siempre, sin mucho esfuerzo, gracias, además de sus felices disposiciones naturales, á una conducta ordenada y á un método que no ha abandonado en ninguna de las épocas de su vida. Las horas que proponía dedicar al estudio las empleaba religiosamente en tan útil tarea, y hasta que la acababa no se entregaba á las distracciones, que por regla general

de las obras suyas que habían representado, prueba que merecía el aprecio que el ilustre poeta le profesaba.

Por la primera actriz del teatro Español siente don José Echegaray un profundo cariño, en el que hay algo de paternal: en los dramas que él ha escrito ha sido en los que principalmente se ha demostrado el genio de María Guerrero, genio que él fué de los primeros en adivinar, que ha visto con deleite desarrollarse y cuyo brillo actual es una satisfacción para su alma.

El camarín de María Guerrero es para el insigne autor dramático algo de lo que era para M. de Chateaubriand el salón de su gran amiga la hermosa madame Recamier, una especie de hogar intelectual, su lugar favorito, el sitio donde mejor se encuentra, porque sabe que allí, no sólo se reconoce su genio como en todas partes, sino que se le profesa cariño purísimo y es considerado como el primero.

Para él es el rincón más cómodo, la palabra más cariñosa, la consulta cuya contestación se escucha con respeto. Sus consejos se siguen fielmente, sus opiniones prevalecen, y lo que dice D. José es indiscutible para la aplaudida actriz, para su esposo, para su padre, para los que constituyen el alma de la compañía y de la empresa del teatro Español.

Pero el insigne autor de *Locura ó santidad* no es tan intransigente como el de *El genio del cristianismo*. La vanidad de éste era tan grande como su talento, y su genio se amargó con los años hasta el extremo de que no podía soportar que delante de él se leyese versos que no fuesen suyos, ni se tributase obsequios á nadie más que á él.

D. José, por el contrario, es la benevolencia suma, y aunque tenga conciencia, como no la puede menos de tener, de su gran valer, sabe disimularlo con una gran modestia, y es para sus compañeros de letras, discípulos se podría decir, haciendo sólo un par de excepciones, de una gran indulgencia.

No deja de asistir á ningún estreno. Se coloca en las primeras filas de butacas y escucha atentamente la obra. Si gusta, sus aplausos son de los primeros y más entusiastas, y en cuanto baja el telón corre al saloncillo á buscar al autor para dirigirle sus felicitaciones y estrecharle en sus brazos. Si la obra no gusta á los señores, no escasea las disculpas en favor del que la escribió, y éste le tiene á su lado en las amarguras de la derrota, que procura atenuar con palabras de animación y consuelo.

Terminadas las representaciones en los teatros y disuelta la tertulia del cuarto de María Guerrero, don José Echegaray se retira á su casa y ya no se le vuelve á ver en público hasta el día siguiente, al anoecer, en la librería de Fe, adonde va á revolver libros, á enterarse de los nuevos que se han publicado en España y en el extranjero y á cambiar algunas palabras con Campoamor, con Núñez de Arce, con los literatos que hacen diariamente una parada en el reducido despacho del acreditado librero de la Carrera de San Jerónimo.

Conserva D. José su afición de mozo á las novelas y las matemáticas, y lee las unas y estudia cuanto nuevo aparece en las otras, como cuando era estudiante. En lo único en que no ha perseverado es en asistir al teatro Real, como cuando iba allí á escuchar óperas y resolver mentalmente problemas matemáticos mientras Mario cantaba el *Salve dimora casta e pura*, Tamberlick daba el do de pecho en el *Trovador* y entusiasmaban al público artistas como la Penco y la Lagrange.

Lo que no le ha gustado nunca ha sido pasear; en su metódica distribución del tiempo no hay horas para el higiénico ejercicio, y aunque monta bien á caballo, pues aprendió en el picadero de Medinaceli para tomar revancha del papel poco airoso que le obligó á hacer un noble cuadrúpedo por las calles de Madrid cuando no sabía manejar las riendas, ni á caballo ni á pie se le ve por los paseos. Coche no ha tenido nada más que cuando ha sido ministro.

Ultimamente demostró gran afición á la bicicleta y pedaleaba muy bien, pero como no sea en su casa de verano no dedica mucho tiempo al nuevo sport.

Y es que el tiempo no le sobra ni le ha sobrado nunca. Un hombre que ha explicado en la Escuela de Caminos Geometría descriptiva, Aplicación de la geometría descriptiva á las sombras y á la perspectiva, Estereotomía, Cálculo diferencial é integral, Mecánica racional, Mecánica aplicada á las construcciones, Hidráulica y no sé cuántas cosas más, que ha sido orador en los *meetings*, ministro por dos veces y que ha compuesto tantas obras dramáticas, no ha podido realizar labor tan asombrosa sin mucho método.

Su salud le ha ayudado poderosamente, porque ha sido siempre buena; duerme como un patriarca, sin que turben su sueño ni pesadillas ni sobresaltos; co-

me muy sanamente y digiere sin trabajo, y con esto tiene mucho adelantado para entregarse á su labor verdaderamente abrumadora.

Tiene una gran memoria, y excepto fechas y nombres, recuerda admirablemente cuanto ha presenciado ó leído. Su espíritu de observación es grandísimo, y mucho antes de dedicarse á escribir dramas y comedias estudiaba por inclinación, sin darse apenas cuenta de ello, cuantos tipos y caracteres hallaba á su paso.

Condísipulos, maestros, compañeros de profesión, autoridades y particulares con los que tuvo que tratar durante el ejercicio de su carrera, personajes que ha hallado después, todos han sido objeto de sus observaciones, y muchas de sus particularidades, de sus genialidades, de sus rasgos distintivos salen á relucir en las creaciones de su fantasía, que tienen por lo tanto mucho de la vida real, digan lo que quieran los que le tachan de inverosímil.

Diestro en el manejo de las armas y de una serenidad demostrada en ocasiones tan difíciles como los tumultos populares del 27 de abril del año de la República, en que estuvo varias veces expuesta su vida, se ha distinguido siempre por su afabilidad y cortesía; pero una vez en que un señor se permitió dirigirle palabras inconvenientes en el teatro Real porque creía que ocupaba la butaca que él había comprado, le obligó no sólo á desdecirse, sino á que le diese las excusas públicamente y en el mismo sitio donde le había inferido la ofensa.

En el carácter de este hombre de aspecto tan dulce y tímido antes de resolverse á la acción, hay mucho de la constancia aragonesa y de la tenacidad vizcaína, heredadas de los autores de sus días. Lo que se propone lo realiza; adonde se propone llegar, llega; ni un éxito le deslumbra, ni un fracaso le abate, y como cuando aprendió equitación por castigar al caballo que le había obligado á hacer un papel poco airoso como jinete, él se ha propuesto imponerse al público y lo ha conseguido.

En la escena ha cultivado todos los géneros, desde el romántico de *En el puño de la espada* hasta el cómico de *Un crítico incipiente*, y el que marca las nuevas tendencias, como *El hijo de Don Juan*.

Rafael Calvo, que poseía además de su genio de actor un gran talento práctico y que fué uno de los que más íntimamente han tratado á D. José Echegaray, decía que era muy difícil conocer á este hombre de apariencia tan sencilla, y que él no lo había conseguido.

Actualmente publica una historia de su vida, escrita con gran sinceridad, sin pretensiones literarias, cuidando poco el estilo y enviando las cuartillas á la imprenta tal como las dicta. Es trabajo interesantísimo, en el que se ve sin velos su alma de niño y de adolescente, en el que se destacan sus aficiones y sus tendencias. Cuando llegue al período de su intervención en la vida pública, el trabajo ha de tener más interés, sobre todo si continúa poniendo en él la sinceridad que hasta ahora ha empleado.

Aunque ha llegado al término de su carrera, se sienta entre los inmortales, tiene su categoría de ministro y va sumando años, todavía es fuerte y vigoroso, y le hemos de ver mucho tiempo en la vida activa haciendo discutir cada vez que dé al teatro una obra nueva, pero asombrando siempre por su genio, que ha de brillar entre los que más se han destacado en España en el período verdaderamente interesante que comenzó con la Revolución de septiembre del 68, en cuyos albores Echegaray se dió á conocer á la generalidad con el famoso discurso de la trenza incombustible.

KASABAL

SUPERSTICIONES POPULARES

LOS APÓSTOLES DEL AGUA EN MADRID

Afirmase generalmente que estamos en un siglo de escepticismo, en el que las verdades más sagradas é indubitables apenas logran imponerse á la incredulidad de las gentes. Creo que no les falta razón á los que semejante cosa aseguran; pero por mi parte me permitiré añadir que el siglo XIX es también uno de aquellos en el que toda majadería, por desatinada que sea, encuentra al punto numerosos y entusiastas adeptos. Y si lo dudas, carísimo lector, toma la capa, embózate bien en ella por si acaso al pícaro Guadarrama se le antoja obsequiarnos con alguna de sus frigidísimas brisas pulmoníacas, y vámonos á la Puerta del Sol para tomar asiento en el tranvía de Leganés, que mediante la módica cantidad de cinco céntimos por barba nos llevará á la calle de Toledo, en donde nos hallaremos ya muy cerca del lugar de nuestras observaciones.

¿Pero qué es lo que vamos á observar?, exclama-

rás sin duda. Ten un poco de paciencia, cierra el pico y atiende á la conversación de esos dos ciudadanos que junto á nosotros se han colocado en la plataforma del tranvía, que ellos nos dirán cuanto desees saber, satisfaciendo tu justa curiosidad.

— ¡Hola, Melecio!, dice uno de ellos con blusa y pantalón azul, cuyo rostro y manos tiznadas de carbón demuestran su oficio de fogonero. ¿Ande vas con esa cara que parece una ensaimada de la Mallorquina?

— ¿Onde he de ir?, responde el otro, albañil según su traje blanco, que contrasta con un amplio pañuelo negro con el que encubre un grueso bulto que le desfigura el carrillo izquierdo. A ver si me quitan esta *barbaridaz* que me ha salido en salva sea la parte.

— ¿Y que meico es el que hace la cura?

— ¡Meicos! Buenos están esos *iznorantes*. Pues no vino el otro día á *vesitarme* uno *enviao* por la señora de la casa donde asiste la Nicanora, y después de estarme *chinchando* una hora con preguntas *inconvenientes*, dijo, dice: «Cataplasmas de malvavisco, y na de vino ni aguardiente, ni olerlo.» Mira, *Pintao*, me quedé hecho una *estautu* y dije, digo: Este tío sabe tanta *medecina* como el caballo de la plaza de Oriente. ¡Suerte que la *vesita* era de gratis; que si no, el malvavisco lo hubiera necesitado el matasanos *pa* aliviarse del *mamporro* que le atizo! ¡Y á eso llaman hombres *centíficos*!..

— Pues mira, *Melecio*, no me parece del *too* mal eso del malvavisco, porque es una planta muy *afamá* *pa* las dolencias del orden de la tuya. En cuanto á la *bebía*, habría sus mases y sus menos, porque tú eres muy *aficionao*..

— Calla, *Pintao*, calla y no *desageres*, que *pa* una pizca que bebe uno *pa* hacer sangre..

— Pues tú debes de tener mucha *ahorrá*.

— ¡Anda la osa, pues mía que tú!..

— Pero en fin, en estas cosas *ca* uno *tié* sus teorías y hay que respetar los derechos individuales.

— Y que lo digas, gachó.

— ¿De modo y manera que irás á la Escuela de la Veterinaria?

— ¡Muchas gracias, hombre! ¡Ni que fuera uno una mula del tranvía! Voy á que me curen los Apóstoles del agua que tienen gracia de Dios *pa* ello.

— ¿Y tú eres de los que creen esas pamplinas?

— Como que se necesita no tener ojos en la cara *pa* no creer. A un chico de la obra que no sé si tú conocerás, *Panzota*, el hijo de la *señá Iznacia*, la mujer del *Ceporro*, el *vegilante* de los consumos, le salió un tumor menudo en un brazo, y fué á la consulta de los Apóstoles, le dieron á beber del botijo *consagrao* y á la tarde..

— Ya estaba bueno.

— Ya lo creo; yo fuí al Depósito *pa* reconocerlo, y aunque estaba hecho una tortilla, *oservé* que tenía el brazo tan bueno..

— Pues el demonio que te entienda.

— Yo te diré, hombre. Estaba trabajando en el *te-jao* de la obra, se le fué un pie, y ¡zas!, se hizo cisco en la calle; pero si no le ocurre ese tropiezo, *curao* le tenías sin recetas ni boticas ni porquerías.

— ¡Recorcho! ¡Pues anda tú con ojo, no te suceda algo por el estilo!

— No seas *panoli*, que ya sabe uno cómo se anda por los andamios.

— Bueno, *Melecio*, que te alivies me alegraré mayormente. Yo me quedo aquí en la ferretería á comprar unas escarpas.

— Adiós, *Pintao*, y recuerdos á la Bárbara. Ya iremos por allá el domingo, que de fijo ya estaré bueno..

Ahora que gracias á las conferencias de *Melecio* estamos ya en autos, dejemos el tranvía, sigamos por la calle de la Ruda, salgamos al Rastro, y en una plazuela inmediata detengámonos ante el vetusto case-rón donde se albergan los sagrados varones, según indica un cartel pegado junto á la puerta, en el cual, con gruesas letras manuscritas, se lee: *Consulta apostólica gratuita*.

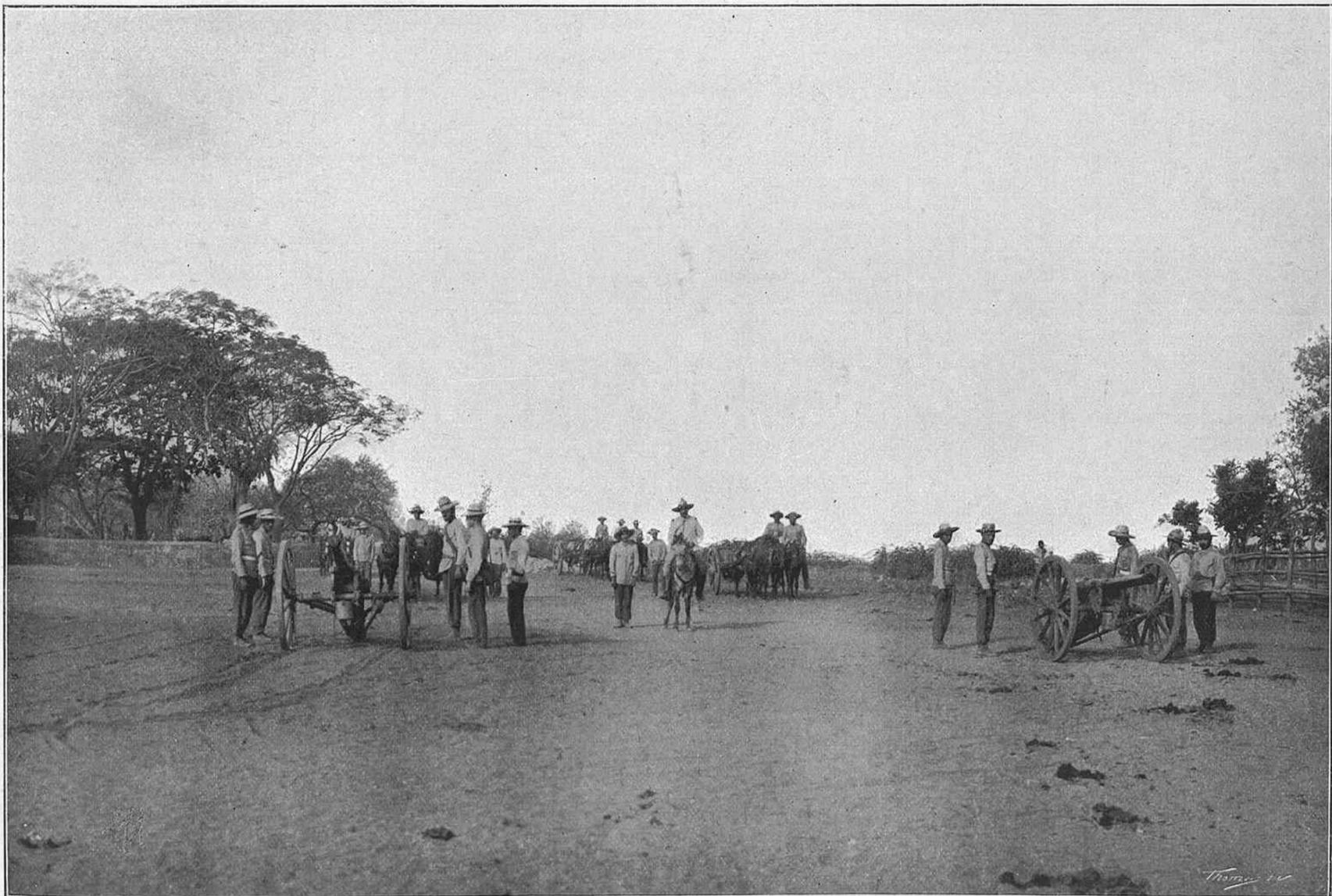
Un compacto grupo de gentes, ninguna de las cuales ofrece aspecto de capitalista, se agolpa en el zaguán y en la calle, aguardando el momento en que los milagrosos personajes comiencen su benéfica tarea. Algunos de los creyentes entretienen la prolongada espera *tomándose unas tintas* en la taberna que linda con la mansión apostólica, sin duda para preparar mejor su espíritu á recibir dignamente la medicina acuática. Oigámosles un momento, y luego pensaremos si nosotros subimos también á consultar al Sr. Vicente *el Chufero*, jefe y cabeza visible del apostolado, ó á cualquiera de sus compañeros de propaganda.

— Lo que es hoy, gruñe un viejo con un gran cascón y apoyado en dos muletas, bien se hacen desear los señores apóstoles. Va *pa* dos horas que estoy aquí penando, ¡y que si quieres! ¡Si les diera á ellos tan fuerte el dolor *rumántico* como á mí!



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - PARAÑAQUE (PROVINCIA DE MANILA). - EMBARCADERO DE 281 BRAZAS DE LONGITUD, CONSTRUÍDO EN 5 DÍAS
EXCLUSIVAMENTE CON CAÑA BAMBÚ



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - PARAÑAQUE. - SECCIÓN DE DOS PIEZAS DE 8 CENTÍMETROS DISPUESTA PARA SER REVISTADA

— ¡Quiere usted callarse, buen hombre!, le dice una verdulera harapienta que está á su lado. ¡Como que á ellos les puede doler ningún remo ni cabeza ni na! No ve usted que ellos tienen la *virtuz* que Dios les ha *dao pa toa* clase de enfermedades, y si pongo por caso al Sr. Vicente *el Chufero* le sale algo en una pata, *pus* como entre apóstoles no hay cumplidos, le dice al Sr. Paco *el Tripero*: «Salúdame el mal,» y ¡zas!, ya está bueno.

— ¡Bendito sea Dios!, exclamó otra prójima con la cara entrapajada. ¡Y qué maravillas tan maravillosas ostentan algunas criaturas! ¡Mire usted que con cuatro bendiciones que le echan al agua y una oración que leen en un libraco, y no se necesita más *pa sanar* al *too* género universal!

— Y aún hay quien les tiene tirria y mala *voluntaz*, replica la verdulera, y si pudieran los *acochinaban*.

— ¡Jesús, qué malas tripas!

— ¡Si hay unas almitas más negras!..

— La culpa de *too* la tienen cuatro *lipendis* de presbíteros, añade el viejo del casacón; cuatro ratas de sacristía, de esas que no viven más que de la *iznorancia* del público, y les sabe mal que estos buenos hombres hagan tantos beneficios á los proletarios. Pero anda, que de *ca día* se extiende más la religión esta de los apóstoles, y si ellos pudieran salirse con la suya, pronto se acabarían las engañifas de curas y médicos.

— Bien puede usted decirlo, amigo, dice otro lisiado; pero no les dejan, y hasta los papeles tiran á darles. El otro día leían unos amigos en el cerrillo de San Blas *La Correspondencia*, y allí sacaban á relucir si *el Chufero* ha *estao* en presidio *ú no*, y si el Código esto *ú lo* otro.

— *Too* envidia, compañero, envidia de los boticarios y del clero, los unos porque ven que se les acaba la parroquia, y los otros porque como los apóstoles lo mismo curan á las personas que á los animales, que casan ó bautizan al primero que se presenta y *too* gratuito, sin tener que soltar una perra chica... ¡Eso es ser apóstoles, lo demás es guayaba!

— Y diga usted, buen hombre, pregunta un ciudadano de boina y con una pata de palo, ¿me podrán á mí hacer salir otra pierna?

— Difícil es el caso, pero si *el Chufero* se empeña...

— Es que he *venío dende* Ateca pidiendo limosna *pa* ver si me retoña la pata, y sentiría haber hecho el sacrificio del viaje y volverme como *enantes*.

— Y después de gastarse un dineral, interrumpe una chulapa.

El aragonés mira á la madrileña con ojos torvos y responde, soltando previamente un terno:

— Pues *mía* que tú también habrás *gastao* un *pirul* en coche.

— ¡Huy, qué tío, si se habrá *figurao* que viene una de coger colillas! Aquí donde usted me ve, he ido más en coche que usted andando. ¿Está usted?

— ¡Otra que Dios!, el coche que tú habrás *gastao* habrá *sío* el furgón en que llevan á los del *Abanico*.

— ¡Bien se ve que le conoce usted, cojo de los diablos!, exclama la chula con aire de tormenta. ¡Pero anda con *cuidao*, no te dé dos *manguzús* y te ponga las narices como un pimientito morrón, tío *arrastrao*!

— Vamos, orden, dice el viejo de las muletas, que si se arma bronca los apóstoles no abrirán la puerta, y nos quedamos *toos aviaos*.

Estas palabras, dichas en alta voz, contienen el tumulto próximo á estallar y dan lugar á un clamoreo de protestas.

— ¡Callarse, callarse!

— ¡Fuera esos!

— ¡Será algún sacristán *pagao* por el Gobierno!

— ¡Un enemigo del pueblo!

— ¡Silencio y á callar!

Restablécese por fin el orden y continúan los comentarios, mezclados con gritos de impaciencia, pues la hora designada para la consulta ha pasado con exceso. Por fin suena ruido de cerrojos detrás de la puerta del zaguán. La muchedumbre de lisiados y enfermos se agolpa, pugnando todos por colocarse los primeros. Oyense chillidos, maldiciones y hasta alguna que otra blasfemia propia de gente tan piadosa como la que asiste á la apostólica ceremonia.

¿Pero qué ocurre, qué dice ese hombre que sin abrir del todo la puerta dirige la palabra á la multitud? Prestemos atención á ver si logramos enterarnos.

— Sí, hermanos. Hemos sido sacrificados otra vez como borregos santos ante el altar del despotismo. Nos han denunciado otra vez, y el Sr. Vicente ha sido *empapelao* por los fariseos del distrito por unos casamientos que hizo la semana *pasá*. Hoy no se puede curar á *naide*.

Un vocerío espantoso acompaña á estas palabras.

— ¡Mueran esos pillos!

— Vamos al Gobierno civil á pedir justicia.

— ¡Hace falta la anarquía!

— ¡Vivan los apóstoles!

— Hermanos, vocifera el apóstol, *retirarsus* en paz y no *haiga escandalera*, porque si el *delegao* nos echa otra multa nos parte por el eje. *Too* se arreglará si tenéis una *miaja* de *pacencia*. Mañana volved por aquí, y mal fin tenga yo si no curamos y bautizamos á *toos* en menos que canta un gallo.

— ¡Qué lástima!, exclama el pinche de un pastelero que hace una hora descansa apoyado en el pretil que separa la plazuela de una calle inmediata. Yo que esperaba que *escomenzara* la función para ver si es *verdaz* que se ven salir llamas por los balcones y se oye tocar la guitarra á los angelitos. *Mecachis*, me *paee* que han dado las tres, y á las dos había yo de estar en la calle de Bailén, en casa de D. Cayetano. ¡Tampoco! Hoy te la ganas, Luisito; menuda tanda de coscorrones me va á atizar el maestro. Corramos, *Blanquita*, añade dirigiéndose á una perrilla que le acompaña. ¡Malditos apóstoles, de buena gana les regalaba las *punteras* que me darán de propina en la pastelería!

Y mientras el chiquillo, cargado con los cestos, corre calle abajo como alma que lleva el diablo, los devotos concurrentes á las consultas apostólicas se esparcen por los alrededores murmurando y maldiciendo á las autoridades.

— La suerte que tiene el gobernador, vocifera el vejete de las muletas, es que no hay *melicia* nacional; que *sinós...*, vamos hombre, antes de la noche había caído el Gobierno...; por menos que esto hemos *tirao* otros en mis buenos tiempos.

— Tiene usted razón, abuelo, añade *Melecio*, el albañil del tranvía que al salir de la taberna dando traspies se encuentra con la desagradable sorpresa. Pero no hay hombres, ni coraje, ni tripas, ni *na* más que *faznatismo* y *ca día* se pagan más consumos y el vino subiendo..., y si uno, pongo por caso, se quiere curar un grano, ¿sabe usted lo que le dan los *doctos*!..

— ¿Qué?

— Pues... malvavisco, sí, señor... *Pa* malvaviscos está uno. Venga usted á tomarse un chico con *menda* el cerillero.

— Pero...

— Qué pero ni qué ciruelo. Yo convidó porque se puede y se quiere y me da la gana... Vamos á tomarnos unas lamparillas de malvavisco..., tío cojaina.

El viejo celebra la gracia con una gran risotada, y ambos desaparecen en el antro tabernario, de donde Dios sólo sabe cuándo saldrán... ó los sacarán.

Y nosotros, indulgente lector, ¿qué haremos? ¿Subiremos á ver si hay algún apóstol vacante para celebrar una *interview* con él, ó volveremos mañana á presenciar la bendición de los botijos si el pontífice *Chufero* logra escapar de las redes del delegado de policía? Tú dispondrás, pero mi parecer es... que para muestra basta un botón.

A. DANVILA JALDERO

LA INQUISIDORA

I

No es caprichoso afirmar que así como cada hombre tiene su fisonomía, cada país su propio aspecto, singular y característico. ¡Miren que pretender que mi país, con sus enormes peñascales grises, sus cerros y montañas yermos, ó cuando más cubierto de recio arbustaje, sus ríos tortuosos y estrechos, sus aldeas pobres, sus campos quebrados y por fin sus viejas iglesias, en las cuales se descubren algunos adornos románicos como huellas borrosas de una olvidada civilización, se asemeja á la alegre y lozana Andalucía, es aventurada pretensión!

Por allá, por Marti-Herrereros, hállase Barquisancho — llamémosle así para medio encubrir su verdadero nombre, — lugarejo triston, donde suena la campana diariamente á las mismas horas desde remotísimo tiempo, y persisten las mismas costumbres de otras edades, y se oye misa á la aurora y se reza el rosario al atardecer... y siguen en la devoción de las gentes las mismas historias y romances, fábulas, verdades conserjeras, refranes sentenciosos, gozos y temores del bueno del Rey que rabió y de la venerable Maricastaña.

Vengamos á nuestro cuento. Vivía en Barquisancho Celedonia, viuda devota que tenía dos hijos, Frutos y Agustín. ¡Y con qué encanto se había mirado en ellos la madre!

— ¡Madre! Me ponga usted las sopas y los torreznos *trempano*, que tengo *dir* con tío Cajales á Fuenterroble por la novilla.

El que esto decía hablaba con voz recia y acento de imperiosa exigencia; era Frutos, muchachote colorado, fortachón y cuyos alientos tenían tufo campastre y de montaña. Aquella boca olía á bellota, á romero y á cantueso.

— ¡Ah, brutazo, brutazo!.. ¿No vas á ir á *Aldivieja* á la escuela?, replicaba la madre con cierta expresión de pesar.

¿La escuela? ¡Cabales! Aquel lugar estrecho, obscuro, donde no se podía respirar por el olor que despedían los mostrencos pelones... ¡Campo libre, aire fresco, la nieve, el sol, la cata de colmena, la caza de los revoloteadores pajarrillos y la de los rastreros lagartos!.. El arado, el trillo, la hoz... ¡Esto sí que se avenía con el alma y los gustos de Frutos!.. Tenía muy fuertes los brazos para manejar tan sólo el puntero, muy caliente la sangre para aguantar palmetazos, muy llena de carne la cabezota para poder reducir la atención al garabateo de las letras y al sonsonete de las *liciones*.

— ¿*Pa* qué de ir? ¿No dice el señor maestro que soy un topo? *Pus* pa los topos la tierra... y á la tierra voy, solía decir Frutos.

— Buenos días nos dé Dios, señora madre, decía Agustín casi todas las mañanas entrando en la cocina libro en mano, estudiando y sentándose en un banqueteo de roble á esperar el desayuno.

Tenía Agustín dos años menos que Frutos, que contaba doce, y así como éste era vigoroso, Agustín delicado, tanto como aquél franco, Agustín discreto, aplicado y amigo de apacible recogimiento.

Dulce, respetuoso, vivía impaciente por ir á la escuela y á la doctrina, y era su júbilo inmenso cuando de un libro pasaba por sus adelantos á estudiar en otro. Cartilla, Catón, Catecismo, Fleuri, Fábulas, Rueda... y más y más libros.

— ¿Pero cuándo habrás acabado con los libros?, preguntaba la madre llena de asombro, no acertando á comprender que el número de libros no tuviera fin, ni el estudio límite.

Agustín pasaba por un portento.

Que era una planta delicada; que era un prodigio; que llegaría á muy alto; que se le cuidara; que se le dejase proseguir su labor... Todo esto decían de Agustín á su madre el señor cura, el boticario, el maestro y el médico. La misma Celedonia miraba con religioso respeto á su hijo; pero estaba tan pensativo, tan pálido..., que á veces la pobre mujer sentía pena y temor inexplicables.

El montón de libros fué aumentando, la aplicación fué cada vez más vehemente... y claro que mayor el saber de Agustín. Modoso, dulce, ¡un ángel de Dios! Delicada su sensibilidad, todo lo sentía con fineza y por muy viva percepción.

Brusco era el contraste que ofrecían los muchachos. Agustín miraba con íntima compasión á su hermano, que á fuerza de tiempo y sudores había llegado á leer con tropiezos y á escribir con borrones, y Frutos no estimaba gran cosa los conocimientos literales fervorosamente adquiridos por Agustín.

— ¿Sabes tú, decía Frutos cuando, enojándose por las sermoneras de la madre, deseaba acoquinarse á Agustín, sabes tú cómo se quita el gorgojo?.. Pues con la *cornicabra*... ¿Sabes para qué días *chitan* los pinos? ¿Sabes adónde cae Arroyos Altos? ¿Sabes para qué remedios sirve la cebolla? Vamos, ya que tanto estudias, ¿á que no distingues el trigo candeal del trigo triguero que por acá decimos?

— ¡Calla, calla, brutazo!.. Calla..., y ve á destrabar la burra .., que no puedes tú ni descalzar en listeza á tu hermano, decía la madre satisfecha, así de tener un hijo fuerte y lleno de vida, como de tener otro afinado y lleno de sabiduría.

¡Estaba pálido! Y por ello á veces se alarmaba la madre... Como otras se inquietaba por la tardanza de Frutos en volver del campo á casa. Las aventuras de aquel espíritu de Agustín por las sublimidades de los libros y las aventuras de Frutos por la tierra eran tal vez igualmente peligrosas. Agustín estaba cerca de ella y muy á su cuidado; esto era un consuelo, y el valor y la fuerza de Frutos daban alguna confianza á la madre.

¡Ah, pero aquellos venerables, aquellos misteriosos libros que ofrecían á Agustín tantos encantos, como furiosas rebeldías en Frutos!..

Uno era amante de la meditación, el otro de la aventura; Agustín perseguía la idea, Frutos la realidad; éste los hechos, aquél los pensamientos; Agustín la ciencia, Frutos la vida.

Agustín enflaqueció, enfermó, y enfermó hasta el extremo de obligar á que el médico dijese un día gravemente:

— Nada de libros, quitadle los libros..., que viva. Tarde fué la advertencia; tardía la orden. Agustín murió.

II

Tres años después presenciamos una escena extraordinaria, singular, inexplicable.

El bueno del cura del pueblo, hombre celoso en



JUEGOS FLORALES DE GRANADA. - D. FRANCISCO DE P. VILLA REAL, iniciador y organizador de los Juegos Florales. - SRITA. D.ª MARGARITA VASCO, reina de la fiesta.
D. MIGUEL GUTIÉRREZ, autor de la poesía *La Paz*, premiada con la flor natural (de fotografía de Ayola, hijo)

el cumplimiento de sus más graves deberes, supo que por el lugar circulaban algunos libros obscenos, noveluchas y cuentos peligrosos; pudo recogerlos y resolvió quemarlos en una cerca inmediata al pueblo. Un auto de fe, un verdadero auto de fe, aconsejado así por la moral como por el buen gusto.

Ya ardía la hoguera y en ella los despreciables libracos, cuando vimos descender apresuradamente por el camino de la aldea á la cerca una mujer desgreñada, lívida, con rostro en el cual se pintaba el

furor. Traía el delantal cogido por las manos crispadas y lleno de libros, y gritaba:

- ¡Aquí, aquí, aquí hay más; quemarlos todos! Antes de que nadie pudiera impedirlo, aquella mujer arrojó á la hoguera un montón de libros...

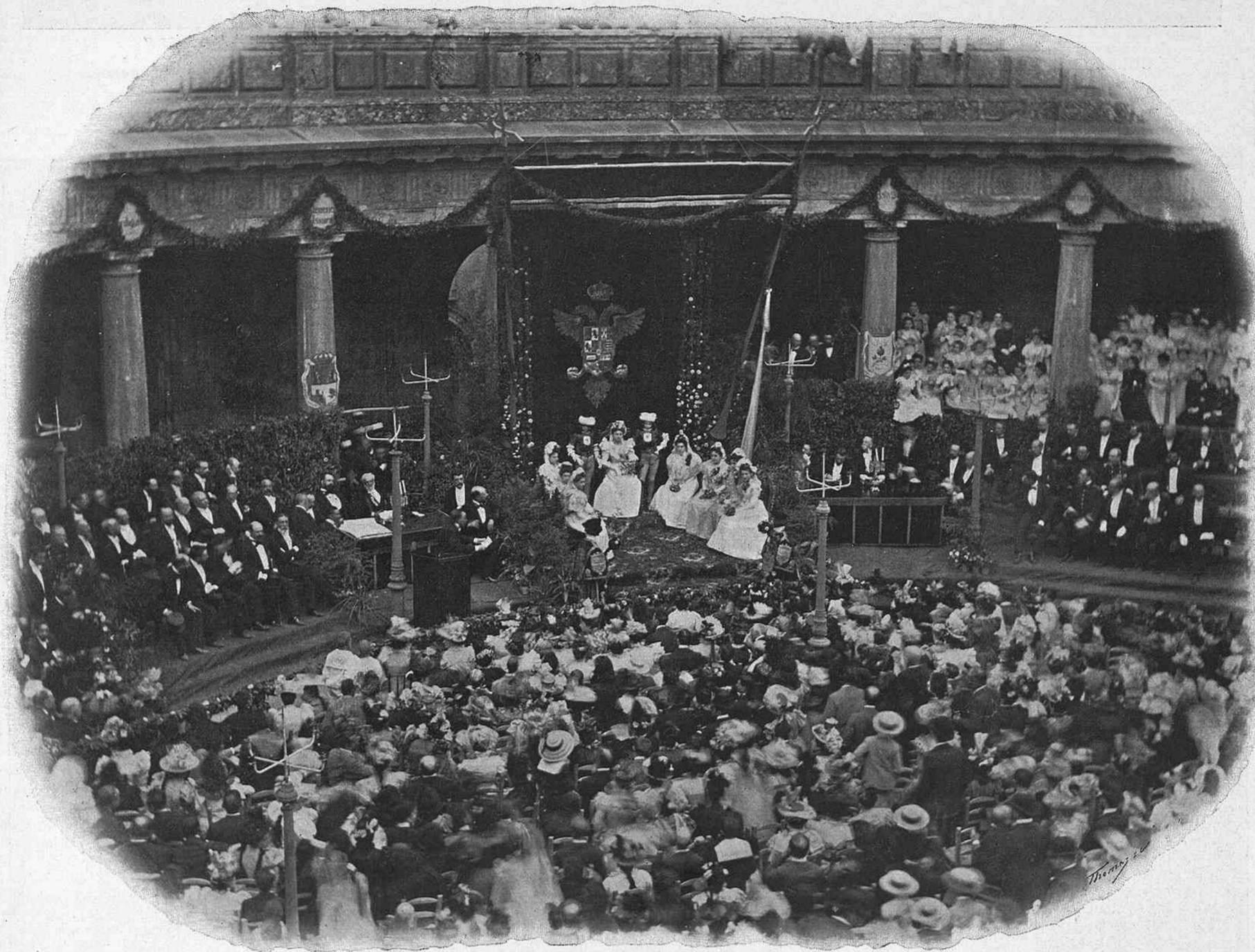
- ¡Qué haces! ¿Qué libros son esos?, exclamó el rector.

- ¡Libros, libros, gritó la pobre madre loca, los que mataron á mi hijo, los malditos, los malditos libros!

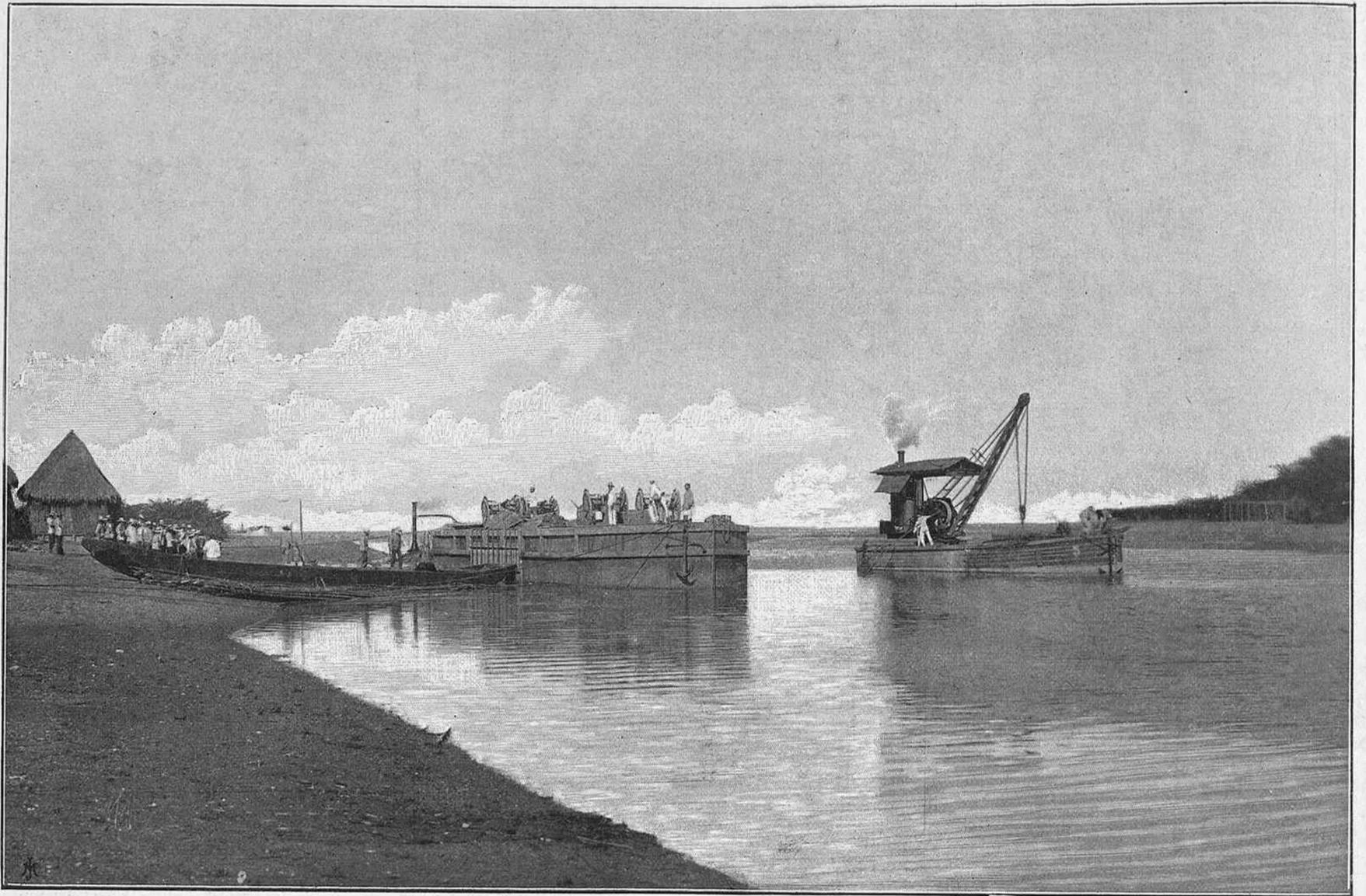
Nunca el fanatismo pudo ser como entonces conmovedor y respetable... Y á él debió la desdichada madre de Agustín el apodo que hoy tiene de «la Inquisidora.»

Más tarde leímos en un célebre autor: «La instrucción adquirida únicamente por los libros es el más pernicioso de los venenos de la inteligencia. Consume la vida y enloquece el alma.»

JOSÉ ZAHONERO

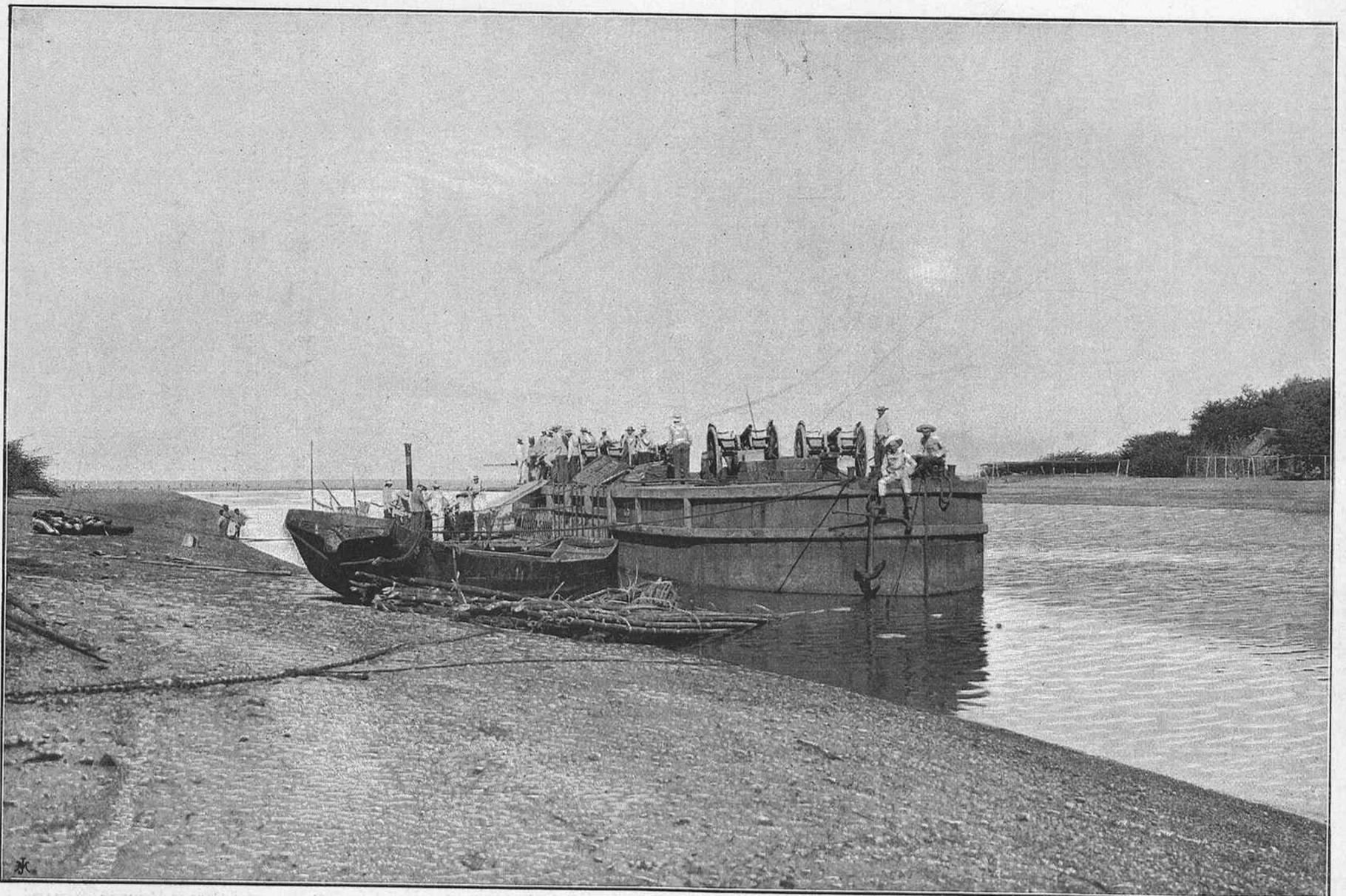


SESIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN 25 DE JUNIO ÚLTIMO POR LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE GRANADA EN EL PALACIO DE CARLOS V EN LA ALHAMBRA
(de fotografía instantánea de los Sres. Señan y González)



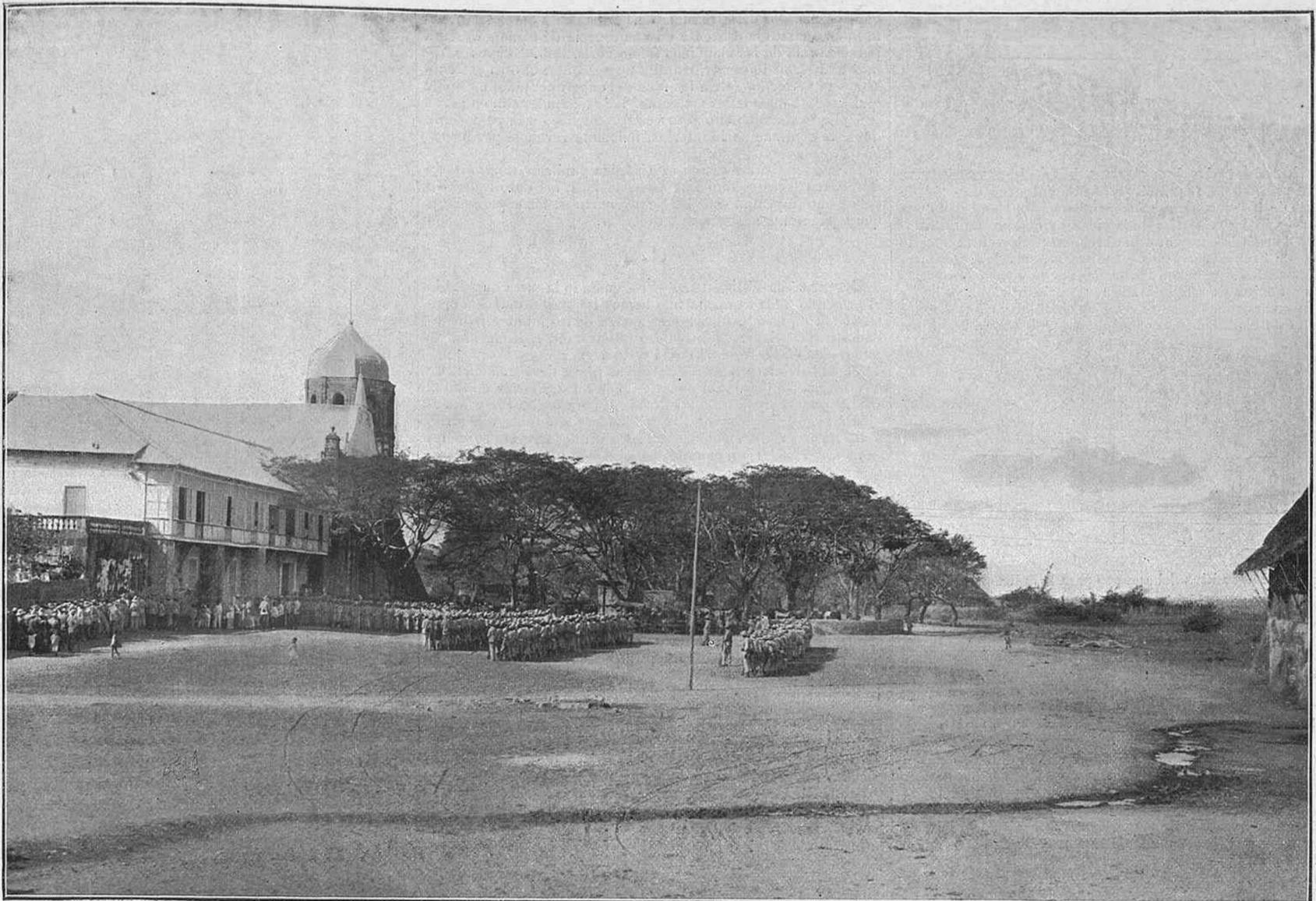
Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. - RÍA DE PARAÑAQUE. - LLEGADA DE UNA GABARRA CONDUciendo UNA BATERÍA DE 8 CENTÍMETROS, DE CAÑÓN LARGO, CON ARMONES, MUNICIONES, ETC.



Propiedad de M. Arias Rodriguez

GUERRA DE FILIPINAS. - RÍA DE PARAÑAQUE. - DESEMBARQUE DE UNA BATERÍA DE 4 PIEZAS DE 8 CENTÍMETROS, DE CAÑÓN LARGO



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - UNA MISA DE CAMPAÑA EN LA PLAZA DE PARAÑAQUE. - CASA-CONVENTO DONDE SE ALOJÓ EL CUARTEL GENERAL DEL GENERAL POLAVIEJA



Propiedad de M. Arias Rodríguez

GUERRA DE FILIPINAS. - EL RÍO PASIG Y LA CIUDAD DE MANILA. Vista tomada desde la farola



Aplicación de los rayos X á los registros aduaneros.—En 1844, M. Gretrin, entonces director de Aduanas de Francia, que se encontraba en Ginebra, visitó una de las principales relojerías de la ciudad y compró un magnífico reloj. Hecha la compra, dijo al relojero: «Soy el director de aduanas de Francia y desearía estudiar los procedimientos merced á los cuales se cometen tantos fraudes en nuestras fronteras con los artículos de relojería suiza. ¿Podría usted hacer llegar hasta mis manos en París este reloj entrándolo de contrabando? — Nada más fácil, contestó el relojero. — Advierto á usted que

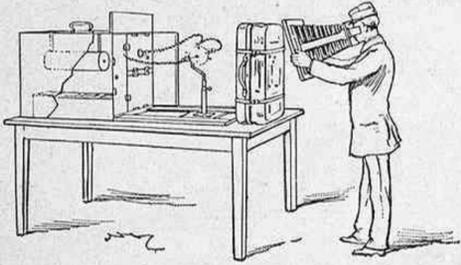


Fig. 1. - Dispositivo del aparato para la aplicación de los rayos X á los registros aduaneros

voy á dar las órdenes más severas para evitarlo. — No importa, replicó el fabricante; este reloj llegará á París al mismo tiempo que usted.»

M. Gretrin, á las dos horas, salió de Ginebra y al pasar por la aduana francesa de Bellegarde explicó el caso á los aduaneros y les dió las instrucciones más rigurosas. Pero ¡cuál no sería su asombro cuando pocas horas después de su llegada á París encontró sobre la chimenea de su cuarto el reloj famoso! Llamó á su ayuda de cámara y preguntóle quién había llevado aquel objeto. «Señor, contestó el criado, me lo entregó el relojero á quien usted lo compró, diciéndome que usted tenía gran empeño en que viajara con usted, razón por la cual lo puse en el saco de mano que usted mismo llevaba y de donde lo he sacado hace un momento.»

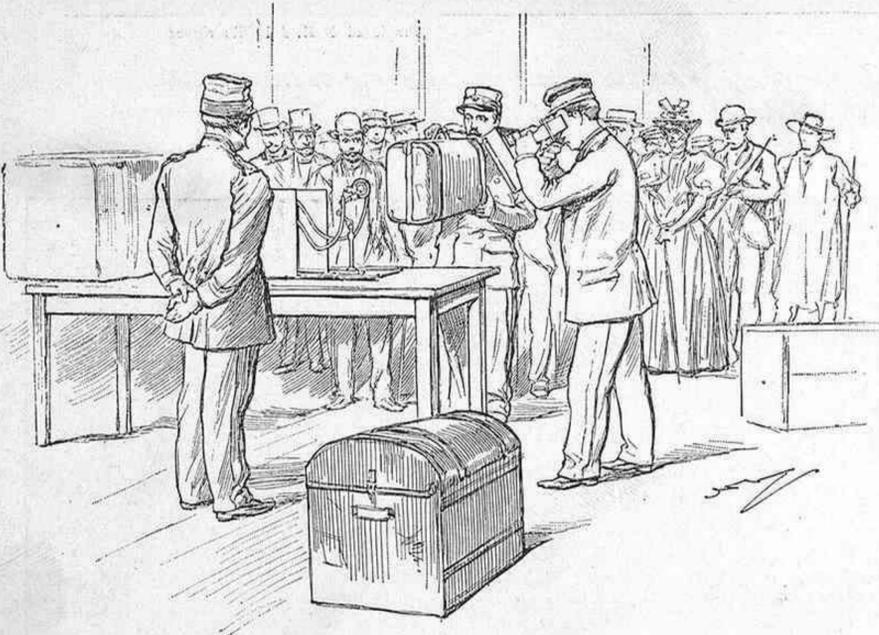


Fig. 2. - Funcionamiento del aparato para la aplicación de los rayos X á los registros aduaneros

Esta anécdota, que se ha hecho popular en Francia, no podrá ya repetirse gracias á los rayos X, cuyas propiedades no hemos de explicar porque de ellas nos ocupamos oportunamente. Apenas realizado el descubrimiento de Roentgen, M. Pallain, actual director general de aduanas de la vecina república, concibió el proyecto de aplicar á los registros aduaneros aquel invento maravilloso, y después de algunos estudios y pruebas preliminares, ha podido recientemente comprobar las excelencias de su idea. En efecto, hace pocos días fueron examinados por este procedimiento varios paquetes postales, y entre varios que estaban en regla encontráronse otros en los cuales los indiscretos rayos X descubrieron varios artículos de contrabando. En una estación de ferrocarril examináronse varias maletas y bultos, y siempre el resultado fué completo y satisfactorio. Finalmente, gracias á los referidos rayos, pudo verse que una señora, que espontáneamente se había prestado á hacer la prueba, llevaba escondida debajo de las faldas una botella de alcohol.

El éxito de estos experimentos permite esperar que no se pasará mucho tiempo sin que se generalice esta aplicación de los rayos Roentgen que facilitará considerablemente la tarea de los aduaneros, evitará á los viajeros no pocas molestias y hará en extremo difícil el contrabando, con grandes ventajas para los tesoros de los países en donde la reforma se implante.

El aparato que ha servido en Francia para estos ensayos se compone de un transformador accionado por un acumulador que producía una chispa de 15 centímetros, encerrado todo ello en una caja de madera: delante de ésta colocóse el tubo de Crookes que se ilumina en cuanto se establece el contacto, y el objeto que se examinaba púsose entre el tubo y la pantalla fluorescente que un aduanero sostenía con las manos. Para no tener que operar en la obscuridad, como exigen los rayos X, M. Se-

guy, preparador de la Escuela de Farmacia de París, ha inventado un aparato consistente en una especie de cámara oscura parecida á la de las máquinas fotográficas, uno de cuyos extremos está formado por la pantalla fluorescente: el otro extremo se ajusta perfectamente á los ojos del experimentador é impide que llegue á ellos la luz ambiente. De este modo, aun en pleno día, el que examina el objeto ve reproducirse en la pantalla lo que éste contiene en su interior, fielmente revelado por los rayos X.

Los tres grabados que en esta página publicamos permitirán á nuestros lectores formarse perfecta idea, así del dispositivo del aparato inventado por M. Seguy, como de los experimentos que ligeramente acabamos de describir.

**

Guerra de Filipinas.—Prosiguiendo la tarea que desde el principio de la campaña nos hemos impuesto, damos á continuación algunas explicaciones acerca de los interesantes grabados que en el presente número publicamos, reproducidos de fotografías de D. Manuel Arias y Rodríguez.

El embarcadero ó *pantalón* de la playa de Parañaque, de 281 brazas de largo, fué construído por los *polistas* de aquel pueblo por orden del general Polavieja para facilitar la conducción á la gabarra hospital de los heridos y enfermos, que antes eran llevados allí en una balsa. En primer término se ve un grupo de oficiales; en el agua se distinguen unos puntos negros que son indígenas recogiendo almejas: al extremo del *pantalón* aparece la gabarra hospital.

La segunda fotografía reproduce la batería de dos piezas de 8 centímetros, dispuesta en la plaza de Parañaque, para ser revista antes de salir á campaña con destino á las Piñas. El pueblo de Parañaque está situado en la provincia de Manila y cuenta con una población de unos 10.000 habitantes.

Representa la tercera la llegada á la ría de Parañaque de una gabarra conduciendo una batería de 4 piezas de 8 centímetros, de cañón largo, con arzones, municiones, etc. Por temor á que el puente de caña se hundiera y para no cansar á los caballos á fin de que la artillería pudiera entrar inmediatamente en acción contra el enemigo que ocupaba la orilla opuesta del río Zapote, se decidió que las cuatro piezas referidas fuesen conducidas desde Manila por una gabarra remolcada: así se hizo utilizando el material de las Obras del Puerto, cuyos empleados tantos y tan buenos servicios han prestado y prestan todavía desde que se inició la insurrección. Entre ellos se ha distinguido muy especialmente el Sr. Gamba, quien combatió contra los insurrectos en la isla de Talim (laguna de Bay), procuró llevar diariamente agua á las fuerzas de Dahalicán y noche y día estuvo á bordo de su remolcador en los sitios de más peligro. El desembarque de la artillería, que reproduce la fotografía siguiente, parecía de pronto sumamente difícil, pero el referido Sr. Gamba se comprometió á ponerlo todo en tierra, y así lo hizo, sin más elementos que unos tablones, unas cuerdas y los artilleros que servían aquellas piezas.

Pocas fuerzas asistieron á la misa de campaña que representa el otro grabado y que se celebró en Parañaque, pues la mayor parte de la división se encontraba destacada en Las Piñas, Pamplona y Almansa. Levantóse el altar junto á la casa convento que servía de cuartel general al general Polavieja y las tropas se situaron en la forma siguiente: á la izquierda las fuerzas peninsulares de artillería, al frente una sección del escuadrón peninsular y alabarderos y á la derecha fuerzas del batallón indígena de Cagayán.

La última de las fotografías que reproducimos representa el río Pasig, que divide en dos mitades la ciudad de Manila; á la derecha se distinguen las torres de la iglesia de los PP. Recoletos, la de San Agustín, el convento de esta orden, el Ateneo, la Casa misión de los Jesuítas, el Seminario, el palacio arzobispal, la Catedral y el templo de Santo Domingo; á la izquierda se ve en primer término el barrio de Tondo y en segundo se divisa el de San Nicolás.

**

Los Juegos Florales de Granada.—El día 25 de junio último celebróse en el palacio de Carlos V de la Alhambra la fiesta de los Juegos Florales organizada por la Sociedad de Amigos del País de Granada. Enfrente de la puerta principal levantábase el trono de la reina, rodeado de plantas tropicales y de hermosas flores artísticamente dispuestas. A la hora designada, precedidas de los reyes de armas y de los pajecillos de la ciudad y entre los acordes de la música y los aplausos de la concurrencia, subieron al estrado la corte de amor y la reina de la fiesta, la bella cuanto distinguida señorita doña Margarita Vasco, que al igual que las ocho encantadoras señoritas que formaban su corte, iba rica y elegantemente vestida y llevaba airosa mantilla blanca.

Después de un brillante discurso del director de la Sociedad Económica D. Francisco de P. Villa Real, que con el ilustre poeta catalán D. Víctor Balaguer ha sido el alma de estos juegos florales, y conocido que fué el fallo del jurado, la reina entregó los premios á los poetas laureados, leyendo sus poesías D. Miguel Gutiérrez, catedrático del Instituto granadino, premiado con la flor natural por su hermosa composición titulada *La Paz*, y los Sres. Tournelle y Afán de Ribera.

Terminadas estas lecturas ocupó la tribuna el mantenedor D. Víctor Balaguer: el inspirado vate, el eximio hombre público, el moderno trovador comenzó saludando «en nombre de los poetas de Provenza, de los que moran en las comarcas catalanas y de los que viven en los jardines de Valencia, á Granada, á las bellísimas granadinas, sueño de los poetas, imán

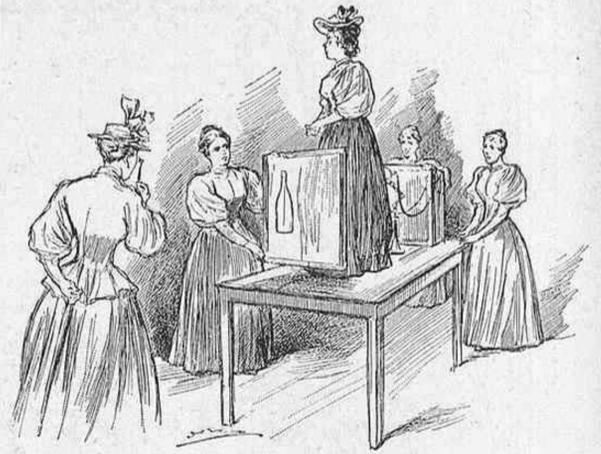


Fig. 3. - La aplicación de los rayos X á los registros aduaneros.

del arte, joya de la patria española, sello de la grandeza nacional y alma de la poesía.» Dedicó luego un entusiasta recuerdo al inmortal Zorrilla, al poeta nacional, coronado en día memorable en aquel mismo recinto, y continuó después con arrebatadora palabra exponiendo lo que son en el fondo y en la forma los juegos florales y analizando en maravillosos párrafos el famoso lema: *Patria, Fides, Amor*.

La fiesta, que resultó en extremo brillante, terminó con un himno, música de Bretón, cantado por sesenta alumnos de la escuela de solfeo de la Sociedad Económica.

En la página 455 publicamos los retratos de la reina de la fiesta y de los Sres. Villa Real y Gutiérrez y una vista instantánea de la sesión.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.*—Se ha inaugurado un nuevo teatro, el Teatro Feminista, en el cual sólo se representarán obras dramáticas escritas por mujeres ó que traten asuntos especialmente interesantes á ellas, sobre todo desde el punto de vista de sus reivindicaciones sociales. La primera obra puesta en escena ha sido una comedia en tres actos, *Hors du mariage*, de Mme. Daniel Lesueur, en la que la autora se propone demostrar, y lo demuestra muy bien en el caso por ella planteado, que la felicidad es imposible para la mujer fuera del matrimonio: el éxito de la comedia ha sido excelente. También se ha estrenado con buen éxito en el Odeón *Don Juan en Flandre*, comedia en un acto de Virgilio Jozs y Luis Dumur.

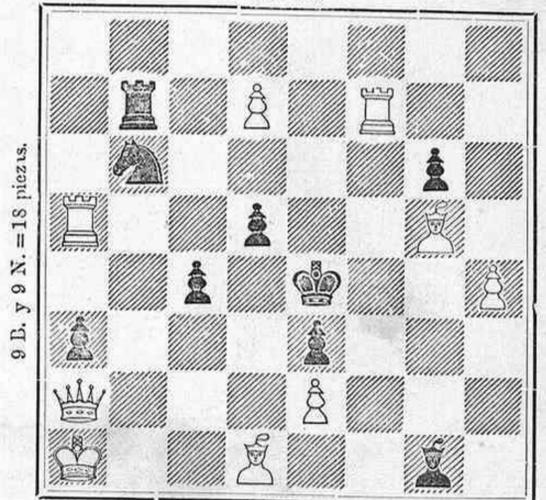
Barcelona.—Se ha estrenado con muy buen éxito en el teatro de Novedades *El Angelus*, comedia en tres actos de don Eusebio Blasco. En el propio teatro se ha representado el drama de Feliu y Codina *Miel de la Alcarria*, con preciosos intermedios musicales y melopeas compuestos por el joven maestro Sr. Granados: entre los varios números, todos notables y todos inspiradísimos, sobresalen una jota del segundo acto y una escena religiosa del tercero, admirablemente concebidas y desarrolladas. El Sr. Granados fué objeto de una ovación tan entusiasta como merecida. En el teatro Lírico se ha celebrado el beneficio de la primera actriz doña Rosario Pino, quien pudo con tal motivo ver confirmadas una vez más las muchísimas y muy justas simpatías que con su talento artístico ha sabido conquistarse entre el público barcelonés.

Necrología.—Ha fallecido: Jacobo de Falke, ex director del Museo austriaco de Artes é Industrias, ex conservador del Museo Germánico de Nuremberg, director del Museo de Artes é Industrias de Viena, autor de importantes obras sobre historia del arte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 77, POR VALENTÍN MARÍN (Dedicado á J. Tolosa y Carreras)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 76, POR P. RIERA

- | | |
|-------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C7 AD | 1. Cualquiera. |
| 2. A, C ó D mate. | |

Este problema tiene una solución aparente muy engañadora, y es: 1. D8 AD. La única defensa es 1. C7 R.



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT

(CONTINUACIÓN)



Isabel encontró á Sabina en el jardín

— Aunque yo tratase de explicarle que se puede abandonar un país agradable sin estar obligado á ello por la necesidad, no me comprendería, pues si no me engaño, á usted no le falta nadie aun entre aquellos que le son caros, repuso el Sr. de Walde después de una breve pausa.

Su voz se había velado un poco, y hasta tenía un tono patético.

— Pero llega un tiempo, continuó, en que se vaga por el inmenso mundo á fin de olvidar que la dicha no se halla bajo el techo que se posee. Difícilmente se llenan ciertos vacíos; mas en fin, se trata de olvidar que existen consagrándose al trabajo y á todas las investigaciones que el mismo impone.

Era evidente que el Sr. de Walde no se hacía ilusiones sobre los sentimientos que inspiraba; había comprendido que su hermana misma, á quien consagrara todo su cariño, no correspondía á su ternura con otra igual, y que el recibimiento que se le hizo era el que se dispensa á un amo temido, más bien que á un hermano. Isabel había presentado antes todo esto, dispensando su compasión á aquel rico indigente, que no tenía ni siquiera una pequeña parte de los afectos con que Dios había colmado á la joven en su pobreza. Este divino sentimiento dictaba á Isabel palabras que acudían á sus labios, y que iba á pronunciar, cuando de pronto experimentó una repugnancia invencible á dejar ver la emoción que de ella se había apoderado. Y una mirada á las líneas inflexibles del perfil de aquel rostro y de aquella frente altiva, que conservaban su expresión de firmeza, aunque la voz tuviese entonaciones suaves y melancólicas, comunicó más fuerza á esta repugnancia. Era posible, en efecto, que en un instante de distracción el Sr. de Walde hubiese olvidado á la persona junto á la cual se hallaba. ¡Cuánto se resentirían sus sentimientos de reserva aristocrática cuando al volver en sí echase de ver que había permitido á una obscura

é insignificante joven dirigir una mirada á sus más íntimos pensamientos!

Al representarse estas probabilidades, Isabel se ruborizó, y levantóse, llamando á Ernesto. El Sr. de Walde la miró con sorpresa, pero se levantó también, recobrando al parecer su indiferencia y su acostumbrada actitud altiva; pero entre sus cejas habíase formado un pliegue que comunicaba á su fisonomía esa expresión melancólica observada ya por Ferber.

— Tiene usted el genio muy vivo, dijo esforzándose para tomar un tono indiferente, y andando despacio junto á Isabel, que se dirigía hacia Ernesto por no haber contestado éste á su llamamiento. Aun antes de que uno haya acabado de expresar su idea se ve en la mirada de usted que tiene ya la contestación preparada; su silencio en la circunstancia presente me prueba, por lo tanto, que yo tenía razón al prever que le sería imposible comprender la fuerza á que he debido obedecer; usted no podía entenderme porque no le falta nada.

— La noción de la felicidad se produce bajo formas tan diversas, que por lo mismo yo no sabía...

— Todos tenemos esa noción, dijo el Sr. de Walde, interrumpiendo á Isabel; pero en usted dormita todavía.

— ¡Oh!, no, exclamó la joven, olvidando de pronto la reserva que se había impuesto y expresándose con viveza. ¡Oh!, no, yo amo de todo corazón á los que constituyen mi familia, y la verdadera felicidad, aquella á que yo aspiro con todas las fuerzas de mi alma, es disfrutar del afecto que me profesan.

— ¡Ah! Pues entonces ha podido usted comprenderme hasta cierto punto... ¿Y es numerosa su familia? ¿Tiene usted muchas personas á quienes amar?

— No, contestó la joven sonriendo; pronto estarán contadas: mi padre, mi madre, mi tío y este hombrecito, añadió, cogiendo la mano de Ernesto, que corría hacia ella; en cuanto á éste, gana terreno todos los años y adquiere un desarrollo que no perjudica á los demás... Ahora es preciso volver á casa, hijo mío, continuó la joven volviéndose hacia el muchacho, pues si nos detuviéramos más tiempo mamá estaría inquieta.

Al decir esto, Isabel se inclinó ante el Sr. de Walde, que después de saludarla profundamente dió la mano á Ernesto y se dirigió lentamente hacia su caballo, montando en él y desapareciendo en seguida.

— ¿Sabes, Isabel, dijo el niño al franquear el sendero de la montaña, á quién se parece el Sr. de Walde?

— No.

— Pues á San Jorge, exclamó Ernesto con aire triunfante. Ya sabes..., cuando derriba al dragón.

— ¿Has conocido acaso á San Jorge?, preguntó Isabel.

— No, replicó Ernesto, picado por aquella pregunta irónica; pero en fin, así es como me le represento. También á ella se le había ocurrido esta idea al

ver al Sr. de Walde dominando á su caballo desbocado. Y en aquel momento recordó el sobresalto que había experimentado al pensar que podía sucederle una desgracia y la alegría que había sentido al verle retroceder sano y salvo. Recordando esto, se detuvo y se llevó sonriendo la mano á su corazón que palpitaba fuertemente.

— ¡Vamos!, dijo de pronto Ernesto, ahora ya vuelves á correr demasiado. ¡Cómo te reñiría el tío si lo supiese; pero no tengas cuidado, que no diré nada!

Isabel continuó su marcha lentamente y como perdida en una vaga meditación. No había oído, ó por lo menos escuchado, las palabras de Ernesto. ¿Qué se agitaba en ella? ¿Qué había sentido la víspera su corazón cuando comenzó á improvisar, sentada ante el piano de Elena? ¿Qué conmovía su alma, unas veces alborozándola y otras haciéndola llorar? El mismo sentimiento confuso, complicado, indiscifible, pero mil veces más poderoso, se agitaba todavía en ella.

— Pero Isabel, dijo el muchacho con impaciencia, ¿qué tienes?... Ahora andas tan despacio que será de noche cuando llegaremos á casa.

Y diciendo esto, tiró del vestido de su hermana, la cual, vuelta así á la vida real, recobró al fin su serenidad y continuó andando con su paso normal.

Al llegar al gran vestíbulo que servía de comedor, Isabel dejó sobre el aparador el sombrero de Berta. No quería dar cuenta inmediatamente á sus padres del extraño incidente de aquel encuentro, temiendo con mucha razón ocasionarles una viva inquietud. Sin duda hubieran hablado de ello al guardabosque; y como éste se mostraba desde hacía algunas semanas cada vez más descontento de Berta, si hubiese tenido noticia de la inexplicable animosidad que la animaba contra su querida sobrina, sin duda hubiera echado á la joven de su casa. Ernesto no echó de ver el sombrero recogido en el bosque ni el cuidado que su hermana tuvo para ocultarle momentáneamente; de modo que no podía descubrirla.

Después de cenar, Isabel fué á la casa forestal; encontró á Sabina en el jardín, y supo con satisfacción que su tío había ido á dar una vuelta por los bosques hacia la parte de Lindhof; entonces entregó el sombrero á la anciana, y hablóle de su encuentro con Berta, preguntando después si ésta había regresado ya.

Sabina estaba como aturrida.

— Sí, sí, contestó; y es casi seguro que si hubiera usted estado sola se habría precipitado sobre usted para sacarle los ojos. Yo no sé qué sucederá, pero es evidente que desde hace algunos días es más mala que nunca. Ya no duerme durante la noche; va y viene, vagando como alma en pena; y ahora no es muda, pero sólo habla consigo misma. Yo quisiera abrir la puerta de su cuarto cuando hace todas esas cosas; mas no puedo, y aunque me prometieran una mina de oro, no me atrevería á tocar ni la cerradura.

Va usted á burlarse de mí, como lo hace mi amo, pero le aseguro que ocurre algo extraordinario. Para convencerse de ello basta observar la mirada de esa joven...; sus ojos brillan, chispean como el fuego de los condenados ó de los hechiceros; mas yo permanezco tranquila y no digo una palabra. Nuestro amo duerme bien, profundamente; los demás hacen lo mismo, y si yo les dijese que en la casa ocurren cosas extrañas, me contestarían que veo visiones y que chocheo. Tengo el oído muy fino, y ni siquiera un ratón podría moverse sin que yo lo sintiera. ¡Pues bien!., tan cierto como que existo, Berta va de noche á vagar sin duda por alguna encrucijada, y el perro grande que está encadenado en el patio durante el día desaparece al mismo tiempo que ella; es el único ser que ama á Berta, y á pesar de su fiereza nunca le hizo el menor daño.

— ¿Y mi tío no sabe nada de esto?

— Nada, y no seré yo quien se lo diga, pues seguramente me costaría caro.

— Pero Sabina, ¿no piensa usted que su silencio podría ocasionar un gran perjuicio á mi tío? Ya ve usted que la casa está muy aislada, y si el perro no se halla en el patio...

— ¡Oh!, yo me estoy en la ventana y vigilo hasta que ella vuelve de su paseo, acompañada del animal.

— Pero usted se impone así unas molestias que podría evitarse; mejor sería que Berta...

— ¡Chist, chist!., hable usted más bajo, dijo Sabina, porque está cerca de aquí.

Y con un ademán señaló el gran peral que se elevaba en el patio. Isabel se acercó lentamente; debajo del árbol había un banco de piedra, y allí estaba Berta sentada. El rubor producido por la emoción y la cólera no coloreaba ya su frente y sus mejillas, habiéndole reemplazado una palidez lívida. Isabel notó que la extraña joven había enflaquecido mucho desde hacía algún tiempo; su nariz, tan fina, sobresalía más aguda entre las mejillas, que habían perdido ya su color; los ojos estaban rodeados de un círculo pardusco, y entre las cejas habíanse formado dos pliegues profundos que se armonizaban con el movimiento de los labios para comunicar al rostro una expresión salvaje, pero sumamente dolorosa. Aquel aspecto conmovió el corazón de Isabel, despertando en ella, con toda su fuerza, el divino sentimiento de la conmiseración. Los hombros de la pobre solitaria parecían hundidos bajo el peso de un dolor insoportable, tanto más intenso cuanto que la joven se obstinaba en sobrellevarlo sin el auxilio de sus semejantes. Isabel, olvidando la hostilidad que Berta le había manifestado hasta entonces, dió con viveza algunos pasos hacia adelante para apoyar sobre su seno aquella cabeza fatigada por el dolor, para decir á la joven que sufría: «Reposa sobre mi pecho; comunica á un corazón fiel todas las penas contra las cuales luchas sola, y yo te daré por lo menos un consuelo, que representará la simpatía de nuestros semejantes.»

Pero Sabina se precipitó hacia la joven y cogióla de un brazo.

— ¡No vaya usted allá!, murmuró con voz entrecortada; no lo consentiré..., tiene un cuchillo en la mano, y sería capaz de clavárselo á usted en el pecho.

— Pero me parece que sufre alguna desgracia insoportable..., y yo quisiera probarle que siento por ella profunda compasión y simpatía.

— No, no; ahora mismo verá usted hasta qué punto se puede confiar en ella.

Sabina franqueó los escalones que conducían desde el jardín al patio; Berta dejó que se acercara á ella sin levantar siquiera los ojos.

— La señorita Isabel lo ha encontrado, dijo, poniendo el sombrero sobre las rodillas de la joven.

Y después, tocándole amistosamente el hombro, añadió:

— La señorita quisiera dirigir á usted algunas palabras.

Berta se levantó con expresión de terror, como si le hubiesen anunciado una espantosa catástrofe; apartó de sí con salvaje ademán la mano de Sabina, apoyada en su hombro aún, y dirigió una mirada de cólera al sitio donde Isabel se hallaba, manifestando así que adivinaba muy bien su presencia. Después arrojó su cuchillo sobre la mesa, empujó violentamente la cestita llena de judías que estaba mondanando y precipitóse hacia la casa. Allí se oyó, á través de las ventanas abiertas, el ruido de la puerta que se cerraba estrepitosamente.

Isabel permanecía inmóvil, muda de sorpresa y de dolor. Debía rendirse ante la evidencia y aprender á familiarizarse con el odio; mas parecíale injusto ins-

pirarlo cuando se adelantaba con el alma llena de conmiseración y de benevolencia.

Hacia como una semana que Isabel iba todos los días al castillo. La señorita de Walde había recobrado milagrosamente sus fuerzas desde el día en que pasó la tarde en la habitación de la baronesa, según repetía ésta con mucha satisfacción; día que se señalaba también por la llegada del Sr. de Hollfeld. Elena estudiaba con afán varias composiciones á cuatro manos, y al fin confió á Isabel que á fines de agosto debían conmemorar el aniversario del nacimiento de su hermano, por lo cual deseaba obsequiarle excep-



Quando la señora de Lessen no estaba bien dispuesta para ejercer de profesora, enviaba á buscar al candidato Mohring

cionalmente, celebrando al mismo tiempo su regreso. En dicho día debía oír á su hermana tocar por primera vez desde hacía algunos años, y Elena no ignoraba que no podía prepararle más dulce y agradable sorpresa.

Isabel veía llegar la hora de aquellas sesiones musicales con una extraña mezcla de alegría y angustia. El castillo y el parque habían llegado á ser para ella agradables y familiares, sin que pudiese adivinar la causa de aquella disposición de ánimo, y hasta el banco donde el Sr. de Walde se había sentado junto á ella algunos instantes tenía á sus ojos el grato aspecto de un antiguo amigo, tanto que para volver á verle hacía siempre un corto rodeo. En cambio, experimentaba cierta angustia y repugnancia bien marcadas apenas veía al Sr. de Hollfeld. Después de evitar cuidadosamente todo encuentro con él y de acoger friamente sus apresurados cumplidos, vio entrar una tarde en la habitación de la señorita de Walde para solicitar permiso para asistir al ensayo musical. Con gran descontento suyo, oyó á Elena decirle, después de haberle acogido con una mirada radiante de felicidad, que era un agente doblemente bien venido, puesto que hasta entonces había manifestado por la música una indiferencia y un desdén incurables. Tomó, pues, la costumbre de presentarse con regularidad después de la llegada de Isabel; ponía delante de Elena algunas flores acabadas de coger, lo cual dada por resultado que Elena, tocando con mano temblorosa, produjera algunas notas falsas, y después iba á colocarse cerca del alféizar de la ventana, sentándose de modo que estuviese bien de frente á las dos artistas. Durante la ejecución de una pieza se cubría los ojos con la mano, como para aislarse del mundo exterior y absorberse en el pensamiento del autor de la composición; mas Isabel observó muy pronto, con no poco disgusto, que cubría así su rostro solamente por el lado que Elena podía ver; mientras que detrás de la mano, su mirada, fija en Isabel, seguía todos sus movimientos, produciendo en la joven una impresión tan penosa, que muy á menudo tuvo intención de renunciar á aquellas sesiones, tan desagradables por la continua presencia del Sr. de Hollfeld.

Elena no echaba de ver en modo alguno este doble juego; hacía frecuentes pausas para distraerse con su primo, aunque más exacto fuera decir que hablaba casi sola, pues el Sr. de Hollfeld respondía tan sólo por monosílabos, que á pesar de lo insignificantes y triviales eran acogidos como una gracia por Elena.

Algunos momentos antes de terminar la sesión se retiraba. Desde el primer día, Isabel, que estaba alerta, notó que salía del castillo; observóle desde una de las ventanas del primer piso, y le vió pasearse con perseverancia fuera del parque, delante del sendero que ella debía seguir para volver á su morada. La joven frustró este plan dirigiéndose á la habitación de

la señorita Mertens, junto á la cual se detuvo por lo menos una hora. Allí era siempre bien recibida con los brazos abiertos por la pobre institutriz, ansiosa de benevolencia y afecto; y muy pronto hicieron el convenio tácito de que Isabel no pasaría por delante de aquella puerta sin entrar en la habitación.

Por lo demás la señorita Mertens estaba triste y abatida, comprendiendo que su situación en Lindhof se hacía diariamente más penosa é intolerable. La baronesa de Lessen, de quien dependía en absoluto, se aburría á más no poder, según decía. Cuando estaba delante de sus parientes afectaba todas las apariencias exteriores de la bondad y de la satisfacción; mas parecíale difícil sostenerse en su papel é indemnizábase de la violencia que allí se hacía apenas se hablaba en su habitación. Allí era decididamente insoportable, no para Bella, cuya cuna y parentesco respetaba, ni tampoco para su anciana camarera, con quien tenía infinitas é inexplicables consideraciones, ni para el viejo Lorenzo y los demás criados, con los cuales no osaba ejercer su tiranía, cuyos efectos hubiera reprimido muy pronto el Sr. de Walde, sino para la desgraciada señorita Mertens, blanco de todas las humillaciones, de todas las injusticias, en que el alma de la baronesa, henchida de rencor, buscaba una compensación de sus enojos.

A fin de atormentar mejor á su víctima, la señora de Lessen quiso asistir á las lecciones que daba á Bella; y á presencia de la discípula, el método de la institutriz fué criticado amargamente desde un principio. En realidad, decía la baronesa, no debía extrañarse que su hija no hiciese ningún progreso... Ahora comprendía por qué aquella niña tenía siempre los nervios en tensión.

¿Y cómo podía ser su ademán correcto y gracioso, viendo siempre los movimientos rígidos de la señorita Mertens cuando tenía un libro en la mano y le hojeaba? Y otras cosas por el estilo, á propósito de todo, ó más bien de nada. En las lecturas que la señorita Mertens hacía practicar á la niña, su elección, según la baronesa, era tan pronto insulsa como demasiado sentimental, vulgar y común. ¿Y no tenía aquella institutriz la audacia de manifestar algunas veces su propia opinión al citar hechos históricos? En semejantes casos la lección se interrumpía; la baronesa ocupaba el asiento de la institutriz, obligando á ésta á escuchar con sumisión la enseñanza que daba á su hija, cuyas conclusiones no estaban de acuerdo con la justicia y la caridad, siendo más propias para pervertir el ánimo de una niña y depravar su corazón, aunque en un principio hubiese sido bueno. Cuando la señora de Lessen no estaba bien dispuesta para ejercer sus funciones de profesora, enviaba á buscar al candidato Mohring; ya sabía que éste hablaba un francés detestable; pero le rogó que asistiera á las lecciones durante todo el tiempo que aún debía permanecer en Lindhof, para corregir la pronunciación defectuosa de la institutriz.

Derramando lágrimas muy amargas, la señorita Mertens refería á Isabel los detalles del martirio que sufría, añadiendo luego que la situación de su anciana madre, sola, sin recursos y sostenida casi únicamente por la pensión que su hija le pasaba, era lo único que la podía obligar á sufrir todos los alfilerazos, los desdenes y las humillaciones á que se hallaba sometida. Sin aumentar las privaciones de su madre, no le era posible incurrir en los gastos que la ocasionaría un cambio de colocación. Mas por afligida que estuviese, sus facciones se iluminaban cuando Isabel, entreabriendo la puerta, solicitaba con su fresca voz permiso para entrar. La presencia de la joven conjuraba los tristes pensamientos, las reflexiones amargas y las inquietudes dolorosas para el presente y el porvenir. Sentadas una junto á otra en el pequeño canapé, comunicábanse sus pensamientos y sus impresiones; la señorita Mertens recobraba con aquel contacto algunos impulsos de juventud, é Isabel obtenía una enseñanza preciosa, porque la señorita Mertens era notablemente instruída.

Aquellas tardes tenían además para la joven un encanto misterioso, que ella no hubiera querido revelar por ningún precio, y que no se confesaba á sí misma, aunque sintiera latir su corazón con fuerza apenas entraba en aquel aposento.

Las ventanas de la habitación que la institutriz ocupaba daban á un extenso patio separado del resto del edificio, rodeado de altas paredes y siempre silencioso, en el cual disfrutábase de un fresco agradable cuando el sol del mediodía abrasaba las calles de árboles del parque. El Sr. de Walde, cuyas habitaciones comunicaban con este patio, solía pasearse silenciosa y lentamente alrededor del estanque. ¿Qué

pensamientos se agitaban detrás de su hermosa frente, tan grave y meditabunda? Algunas veces levantaba la cabeza bruscamente como si despertase sobresaltado de un sueño que acariciara dulcemente. La señorita Mertens repetía con frecuencia que su carácter había cambiado mucho desde su regreso.

«Antes de su viaje, decía, el Sr. de Walde le pareció tan inmóvil y grave como una estatua, y aunque hubiese reconocido en él buenos y nobles sentimientos, se había sentido siempre sobrecogida en su presencia de una impresión glacial. Ahora parecía que una mano benéfica había pasado sobre sus facciones para animarlas y embellecerlas; durante los paseos solitarios que daba por aquel patio, una ligera sonrisa entreabría algunas veces sus labios, como si una aparición cuya vista le hiciera feliz hubiese surgido de pronto ante él.» Al dar así cuenta de sus observaciones, la señorita Mertens sonreía, añadiendo que, según toda probabilidad, había traído de sus viajes agradables recuerdos y algunos proyectos para el porvenir. Aseguraba que no le era posible alejar de ella la certidumbre de que dentro de poco Lindhof cambiaría completamente de aspecto bajo la influencia de una joven, hermosa y noble castellana. Al repetir varias veces sus conjeturas, la señorita Mertens no observó jamás la angustia que producían en el corazón de su joven amiga, y que su semblante revelaba con una franqueza de que ella misma no podía formar-se idea.

Los paseos que el Sr. Walde daba por aquel jardín monacal eran interrumpidos á menudo por toda clase de personas: obreros, agentes de negocios... y sobre todo desgraciados; éstos avanzaban con la cabeza baja, detrás de los criados que los introducían, y deteníanse á pocos pasos del Sr. de Walde, sin osar acercarse más. Este último les dirigía entonces la palabra con dulzura, informábase de sus necesidades y aflicciones; les daba un buen consejo, prometiéndoles su protección, y en los casos de más apuro escribía algunas palabras para su intendente en una de las hojas que arrancaba de su libro de memorias... Poco á poco las cabezas se erguían; las frentes, inclinadas bajo el peso del dolor, serenábanse, y todos sin excepción se retiraban consolados y fortificados, pues los que no se reconocían dignos de solicitar el auxilio del Sr. de Walde, no osaban arrostrar su penetrante mirada.

Cierta día Isabel se dirigió al castillo media hora antes que de costumbre; su padre había encontrado en las inmediaciones del parque á la señorita Mertens, con el rostro humedecido por las lágrimas, y al parecer nada dispuesto á trabar conversación, pues habíase limitado á devolverle su saludo, alejándose muy de prisa. Esta noticia inquietó mucho á Isabel, que de ningún modo quería esperar á que terminara la sesión musical para visitar á la pobre institutriz, necesitada sin duda de consuelo y afecto.

En uno de los dos lados de la gran pradera que unía el parque de Lindhof con el bosque había un pabellón encantador, rodeado por todas partes de espeso bosquecillo, de tal modo que solamente se podía ver su elegante fachada. Hasta entonces aquel pequeño edificio había permanecido cerrado; pero los postigos entreabiertos permitían ver unos muebles cómodos y suntuosos, como todos los del castillo. Al llegar por el bosque, Isabel vió que las puertas del pabellón estaban abiertas de par en par; y un criado que llevaba una bandeja desocupada salía en el momento de acercarse Isabel, é inclinándose ante ella la invitó á entrar. Entonces vió á la señorita de Walde, á la baronesa y al Sr. de Hollfeld, que tomaban café en el único aposento del pabellón.

— Viene usted más temprano que de costumbre, querida niña, dijo Elena al ver á Isabel.

La joven contestó que pensaba hacer una visita á la institutriz antes de comenzar la sesión de música.

— Ruego á usted que renuncie á ese proyecto por hoy, repuso Elena, algo cortada al parecer, mientras que una sonrisa burlona entreabría los labios de la baronesa... Sabrá usted que he recibido esta mañana de Leipzig una caja llena de música nueva, añadió la señorita de Walde. Ya he leído algo de todo eso, y elegido también algunos fragmentos que convendrán admirablemente al talento de usted. Hasta es posible que encontremos la pieza capital de nuestro concierto... Tenga usted la bondad de sentarse, y volveremos al castillo juntas.

Así diciendo, presentó á Isabel una magnífica pera, ofreciéndole después algunos bizcochos.

El lebrél del Sr. de Walde franqueó en aquel momento de un salto el umbral del pabellón; las dos damas cruzaron al punto una mirada de temor; Ele-

na dirigió después la suya con inquietud hacia la puerta, procurando al mismo tiempo que su rostro tomara una expresión afectuosa, y la baronesa arrojó á un canastillo su labor para examinar la cafetera y asegurarse de que su contenido estaba bastante caliente. Después preparó una taza y colocóla sobre la mesa delante de un asiento. La sonrisa impertinente que parecía antes como estampada en su rostro ha-



En uno de los lados de la gran pradera había un pabellón encantador...

bía desaparecido, sustituyéndola una expresión grave. Al divisar el lebrél, Hollfeld se lanzó al jardín, y muy pronto reapareció acompañado del Sr. de Walde, que al parecer regresaba de una excursión, pues vestía una especie de traje de viaje.

— ¡Ya temíamos, querido Rodolfo, dijo Elena, ofreciéndole la mano, no volver á verte esta noche!

— Me he encontrado en L... con más negocios de los que esperaba, contestó el Sr. de Walde, rehusando la silla que le ofrecían, para sentarse junto á su hermana, y por lo tanto muy cerca y enfrente de Isabel, á la que saludó cortésmente. Hace ya media hora que regresé, pero Reinwald me esperaba impaciente para hablarme de un asunto y saber mi resolución inmediata. Poco ha faltado para que todo esto me privara del placer de tomar una taza de café en tu compañía, querida Elena.

— Le tendré ojeriza á ese pícaro Reinwald, repuso la señorita de Walde, sonriéndose... ¿No podía esperar un poco? Supongo que el mundo no estaba en peligro.

— ¡Ah, querida niña!, dijo la baronesa, nosotras no podemos cambiar esas cosas... Estamos todas condenadas, y para toda la vida, á ser esclavas de nuestros inferiores.

El Sr. de Walde volvió tranquilamente la cabeza y examinó á la condesa con curiosidad.

— ¿Por qué me miras tan fijamente?, preguntó la señora de Lessen.

— Para ver si realmente eres á propósito para representar el papel de uno de esos esclavos infelices de *La cabaña de Tom*.

— Sí, los hombres son muy felices, porque pueden chancearse con motivo de todo..., pero nosotras no tenemos tu grandeza de alma, tu serenidad ni tu fuerza viril para soportar las ligeras amarguras y los enojos que sufrimos en la vida... Nosotras las mujeres tenemos nervios fácilmente irritables, que redoblan la intensidad de toda emoción... ¡Si me hubieras visto hoy! Me hallaba en una situación espantosa...

— ¿De veras?

— Sí; obligada á dejarme llevar de una cólera terrible..., pero la señorita Mertens responderá de ello ante Dios.

— ¿Te ha ofendido acaso?

— ¡Qué singular suposición haces, querido Rodolfo! ¿Cómo podría ofenderme una persona de esa condición? No ha sido eso; pero me ha hecho montar en cólera.

— ¡Vamos, dijo el Sr. de Walde, veo con satisfacción que no te doblegas fácilmente bajo el yugo de los esclavos, del cual nos hacías poco ha una pintura tan melancólica con ejemplar resignación!

— Desde hace algún tiempo he debido tolerar muchos sinsabores de esa desagradable persona, prosiguió la baronesa, sin hacer aprecio de la observación de su primo. La misión maternal es santa á mis ojos,

y considero como uno de mis primeros deberes vigilar la instrucción que se da á mi hija, pues la marcha que se imprima á su espíritu y á su corazón no puede serme indiferente... Por desgracia, he descubierto que la enseñanza de la señorita Mertens era defectuosa, y que, por otra parte, sus opiniones y su manera de considerar las cosas y las personas no eran del todo convenientes para una niña colocada en la posición que Bella ocupará... Hoy mismo he oído desde una habitación inmediata á esa necia institutriz decir á Bella que el valor moral está muy por encima del que se debe á una elevada cuna... ¡Como si estas cosas pudieran separarse jamás!.. Y añadió que el mendigo de corazón puro tiene más mérito á los ojos de Dios que el mismo rey, si éste se halla cargado de culpas... Cuando te haya dicho, querido Rodolfo, que Bella está destinada á vivir en la corte, pues me han hecho la promesa formal de concederme una plaza de dama de honor para ella, ya comprenderás que no puedo tolerar enseñanzas tan subversivas de todo sentimiento de dignidad y de todo respeto de jerarquía... Admitirás sin duda que si pudiese adoptar semejantes ideas y sentimientos, Bella haría un papel muy extraño en la corte, llegando á ser pronto intolerable su situación.

— No se puede negar esto.

— ¡Dios sea loado!, exclamó la baronesa, visiblemente satisfecha. Ahora puedo confesarte que experimentaba cierta inquietud al preguntarme qué juicio formarías de mí por haber despedido á la señorita Mertens, á la cual atribuías al parecer un mérito que no tiene...

— No tengo el menor derecho á intervenir en tus relaciones con las personas de tu servicio, contestó friamente el Sr. de Walde.

— ¡Convenido! Mas á pesar de todo, siempre procuro obrar según tus opiniones, y hasta conformarme con tus voluntades, querido Rodolfo. No puedo expresarte la satisfacción que experimento al pensar que no veré más esa desgraciada y desagradable fisonomía.

— Lo siento mucho; mas á pesar de todo no podrás evitarlo completamente, puesto que la institutriz habitará bajo el mismo techo que nosotros. Reinhard, mi secretario, acaba de desposarse con la señorita Mertens hace media hora.

La labor que la baronesa había vuelto á coger escapó de sus manos, y su rostro se cubrió de manchas purpúreas, que invadieron muy pronto hasta su frente.

— ¿Ha perdido el juicio ese hombre?, exclamó.

— No lo creo así, ó por lo menos acaba de expresarse con muy buen criterio en mi presencia hace pocos momentos.

— ¿Conque se ha enamorado de pronto de las antigüedades?... ¡Oh, qué joven y bella novia!, exclamó la señora de Lessen, tratando de reír á carcajadas.

Su hijo quiso imitarla, demostrando así que había seguido la conversación, por más que se abstuviera cuidadosamente de tomar parte en ella. Elena le dirigió una mirada de indignación é Isabel experimentó un sentimiento de cólera que apenas pudo reprimir.

— Espero, no obstante, repuso la baronesa, que no te propondrás obligarme...

— ¿A qué?

— A vivir en la misma casa que esa persona.

— Es evidente que yo no puedo obligarte, Amelia, así como tampoco me es posible prohibir el casamiento de mi secretario.

— Pero puedes alejarle, ya que ha juzgado oportuno hacer una elección que obliga á tus parientes á salir de la casa.

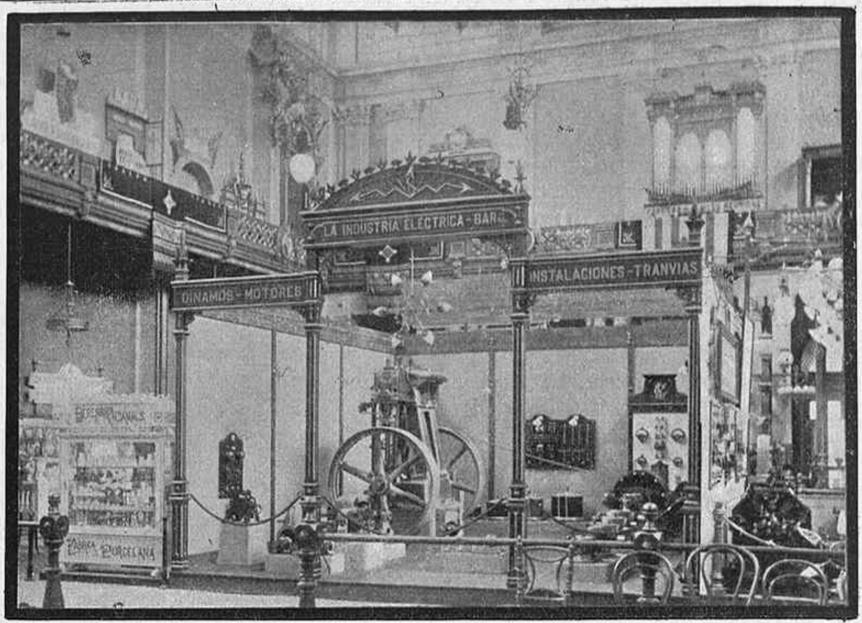
— Pues ni aun eso está en mi poder; Reinhard debe permanecer junto á mí mientras viva, y precisamente acabo de señalar una pensión á su futura, para el caso en que le sobreviva. Además cometes un ligero error, prima mía, si piensas que una causa cualquiera puede inducirme á despedir un hombre cuya probidad, instrucción y afecto me son bien conocidos. Por lo demás, he debido aprobar la elección de Reinhard, porque su edad conviene con la de su futura, y he destinado al matrimonio las habitaciones bajas del ala del Norte, de cuya posesión disfrutarán mientras vivan. Reinhard quiere vivir también con su suegra, que vendrá aquí á establecerse con ellos.

— Pues no me resta más que felicitar á los futuros cónyuges, repuso la baronesa; todo eso está perfectamente arreglado, y tan sólo me permitiré añadir que me sería imposible comprometerme á conservar esa persona á mi lado un día más... Que busque un asilo donde quiera, pues ya comprenderás, Rodolfo, que esos dos interesantes desposados no pueden convenientemente permanecer bajo el mismo techo hasta el día señalado para su matrimonio.

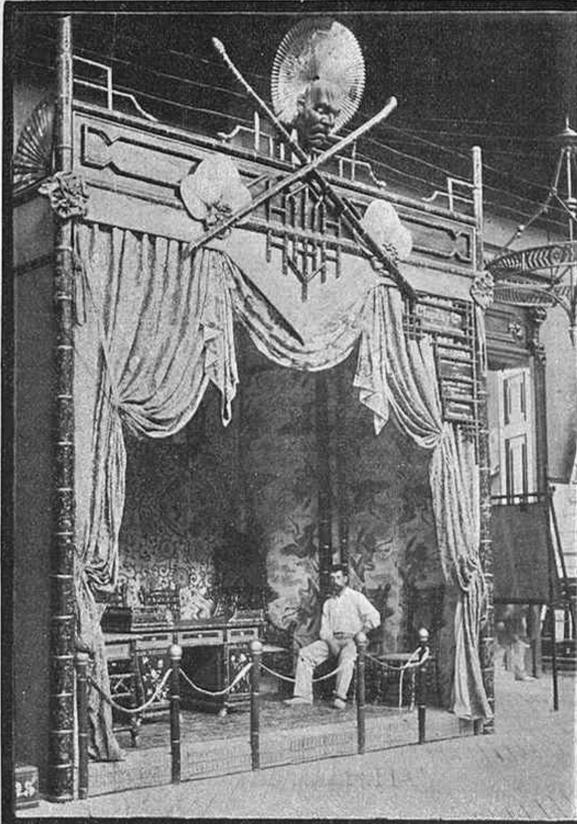
(Continuará)



INSTALACIÓN DE APARATOS ELÉCTRICOS DE LOS SEÑORES RAMIS, PETIT, GUILLAMOT Y C.ª, DE BARCELONA



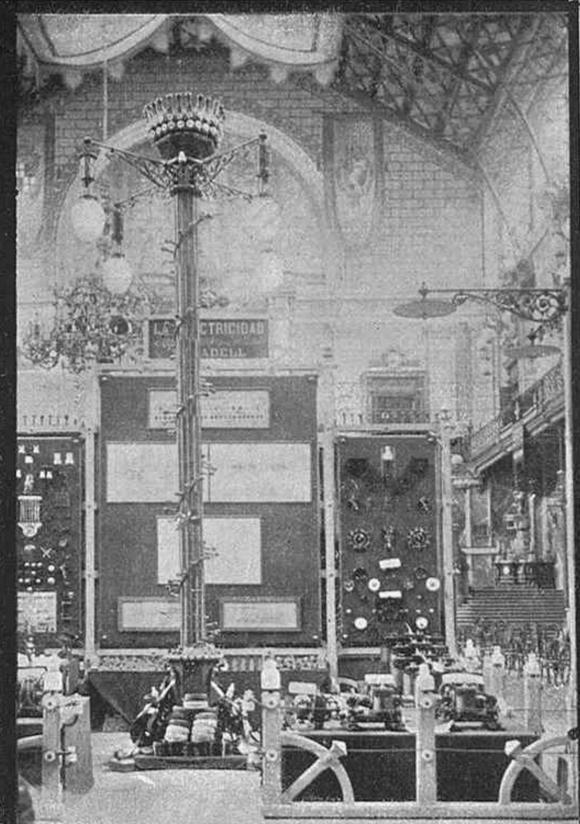
INSTALACIÓN DE APARATOS ELÉCTRICOS DE LA SOCIEDAD «LA INDUSTRIA ELÉCTRICA», DE BARCELONA



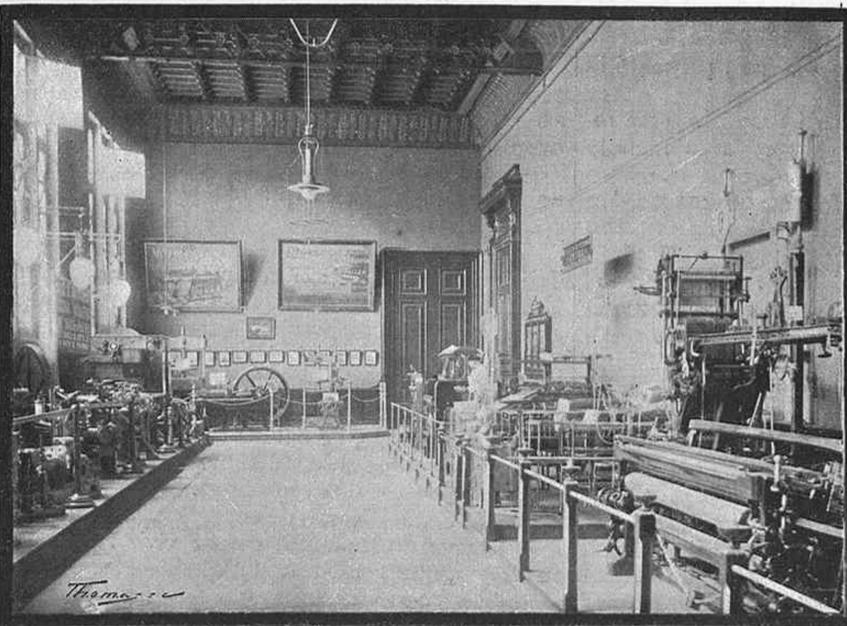
INSTALACIÓN DE MUEBLES Y ARTÍCULOS JAPONESES DE LOS SEÑORES CLAPÉS Y C.ª, DE BARCELONA



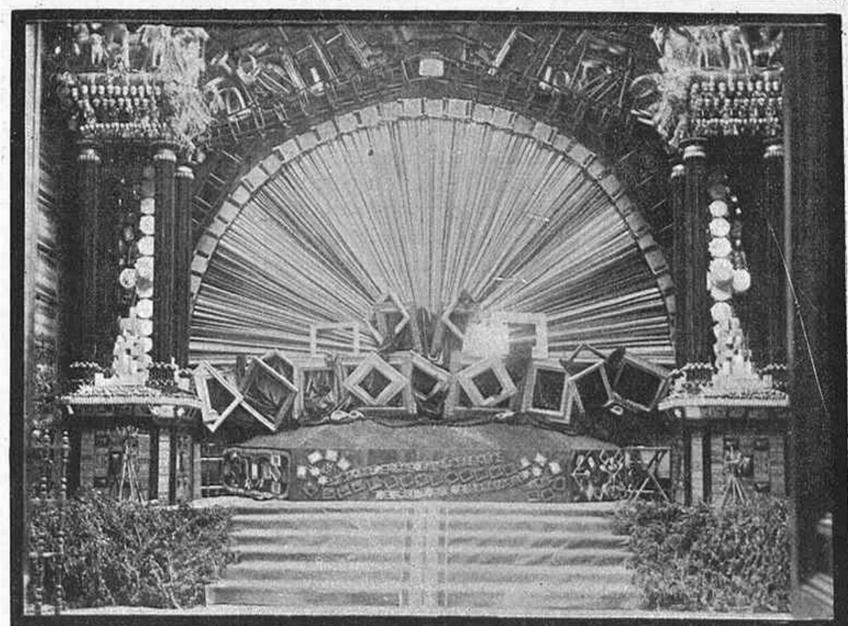
INSTALACIÓN DE CERVEZAS DE LOS SEÑORES COMAS Y C.ª, DE BARCELONA



INSTALACIÓN DE APARATOS ELÉCTRICOS DE D. JUAN BRUJAS PELLISÉ, DE SABADELL



SECCIÓN DE TELARES MOTORES, BÁSCULAS, ETC.



INSTALACIÓN DE MOLDURAS, JUGUETES Y MUEBLES, DE D. JAIME PUJOL É HIJO, DE BARCELONA

LA EXPOSICION INDUSTRIAL

Afirman los organizadores de este Certamen que las muestras expuestas atestiguan los progresos realizados y las industrias creadas al amparo del vigente arancel; de ahí que la exhibición no deba juzgarse como muestra general y completa de la industria nacional, puesto que en ella sólo figuran los productos de aquellas manufacturas que han nacido ó se han desarrollado por efecto del régimen aduanero existente.

Llama extraordinariamente la atención el grupo formado por las instalaciones de aparatos y máquinas destinadas á producir la electricidad para el alumbrado y como fuerza motriz, descollando las que exhiben los Sres. Planas, Flaquer y C.^{as}, de Gerona; los Sres. Ramis, Petit, Guillaumot y C.^{as}, de Barcelona; la Sociedad anónima titulada «La Industria Eléctrica,» de Barcelona, y las de D. Juan Pujadas Pellissé, de Sabadell. Sirve de complemento la exposición de elementos auxiliares, como los alambres que presenta D. Pedro Vilafranca, los records, cubrecables para salón y otras piezas de D. Jaime Pujol é hijo, los aisladores de porcelana de Berenguer y Canals y las bombillas de colores de la Compañía Nacional de Electricidad establecida en Madrid. Merecen citarse también el encendedor eléctrico presentado por D. Mariano Lázaro, y el llamador *Flé-nix*, para combatir los incendios, que exhibe D. J. Vila Forn, de Gerona.

Extensa es la sección de maquinaria, que comprende las instalaciones de los Sres. Durán, Cañameras y C.^{as}; Miguel Sala, de Sabadell; la Sociedad anónima de Bilbao; la de poleas de Pons hermanos, de Sabadell; la de cilindros para hilados y rodillos de José Janer; los aparatos de vapor de M. Rodríguez; las máquinas auxiliares de la tipografía y tipos fundidos de A. Steinhäuser, de Gracia; las piezas de hierro fundido de F. Mesures, de Villanueva y Geltrú; los arados de Miguel Mestres; las heladoras de Puig y Negre; los telares de José Planell y Serra, de Sabadell, y los de J. M. Feliu; las prensas y motores de Torres, así como las de Escuder; las máquinas para fabricar chocolate de Valls hermanos y las de Pedro Rosell.

Sigue á este grupo el constituido por la metalistería, en el cual llaman la atención los aparatos quirúrgicos de Joaquín Sala; las bicicletas de José Sagarra y C.^{as}; la búsca de hierro forjado de M. Ballarín; los gálvanos artísticos de Ramón Brossa; los grabados en metal y estereotipia de A. Vidal Martí; los tornillos de Dionisio Bobín; los bronce de arte de Masriera y Campins; los clavos y puntas de Roses y Masriera; las tuberías de Hernani; las puertas onduladas, cocinas, prensas, etc., de J. Más Bagá; los tubos de plomo de Manuel Arquer; los clavos para calzado de Carlos Oliver; los alambres de Quintana y Senil; los variados objetos de metal blanco, aluminio y bronce de A. y A. Santamaría; la colección de lámparas de los Sres. Costa y Pons; las cajas de metal decoradas de Ignacio M.^a Tintoré; las obras de hojalatería de Gerardo Bertrán; las limas de Jorge Murill, y el artístico espejo jardinera de hierro forjado de Antonio Pons.

En la sección de ebanistería figuran sillas, mesas, etc., de Antonio Ruiz; muebles de estilo japonés de Clapés y C.^{as}; lavabos, sillas, etc., de Juan Busquets; camas torneadas de Morató hermanos; muebles de José Pujol hermanos; pianos de Estela y C.^{as}, y de Corominas y Ricar; sillas de rejilla y sillones de Morales hermanos; molduras mecánicas, taraceas y parquetes de Francisco Guilleumas; molduras finas de Pío Clos; la mesa billar de Tomás Mayol, y muebles artísticos de carácter económico de Jaime Pujol é hijo.

Los productos alimenticios representan un valioso elemento de la producción, conforme lo demuestran las conservas de J. Metgé; los chocolates de J. Ramón Ballester; las pastas para sopa de Magín Quer, Juan Quer y Raimundo Cerdá, y los embutidos de Manuel Herrero, así como los vinos de los señores Camps Bardagi; la de vermouths de Martini y Solá; la de cerveza de Comas y C.^{as}; las bebidas gaseosas de Hijos de J. Catalá; los vinos espumosos de Bosch y Fuster; la del renombrado Anís del Mono, de Bosch hermanos; la de vino espumoso de Codorniu; el cognac y licore de Fonseca, Pinto y Compañía, de Vigo, y los aceites de varias clases expuestos por los fabricantes reunidos.

En la sección formada por la cerámica y vidriería despiertan

interés las intalaciones de Butsems y Fradera; J. Romeu Escofel y de Orsola, Solá y C.^{as}; J. Vilella, y A. Rigalt.

Más copiosa es la sección de tejidos, hilados, sederías, etc., que representa, á no dudar, la vida de Cataluña, la suma de iniciativas y el conjunto de inmensos capitales. En ella figuran dignamente las instalaciones de sederías, encajes, bordados, cortinas, visillos, etc., de punto de crochet; lanas, géneros de punto, carretes de hilo de las Filaturas del Ter; urdimbres, hilazas de lino, cintas, tejidos para corsés, hilados, lanillas, lanas, estambres, mercería, cintas de algodón sin trama de Tomás Soler hermanos; los tejidos de goma con bordados y el papel tela de A. Sedó y C.^{as}.

Las instalaciones de juguetes despiertan interés, pues aparte de los curiosísimos ejemplares que contienen, especialmente los automáticos, sorprenden por su profusión y belleza.

La droguería hállase representada por los aceites y grasas lubricantes, barnices, colores artificiales y silicatos; los aprestos, almidón, cola y gelatina, lejas, cápsulas amiláceas del doctor Martí; los productos de la Sociedad Farmacéutica Española; perfumería, las cápsulas y perlas dosificadas de Ramón Sol y las instalaciones de gas acetileno.

Completan la exhibición las gomas de José Gassó y Martí; los hules de la viuda Rovira; el papel de hilo de José Vilaseca; el papel para fumar, el cartón cuero, los peines, los impermeables, los sombreros, las flores artificiales, los trajes para niño, los acordeones, las cuerdas armónicas, los cepillos, los pinceles, los cueros relevados, los cestos de paja con bordados, la ballena artificial, las correas, las cortinas persianas, los anuncios artísticos de los Sres. Utrillo y Rialp; las encuadernaciones de J. Cunill; el producto titulado *Pegamoid*, y una preciosa canoa para regatas de Francisco Cid.

Agradable sorpresa causa la reunión de tantas iniciativas, con mayor motivo cuando demuestran grandes esfuerzos y energías más dignas de aplauso, dadas las calamitosas circunstancias que atravesamos. De ahí que al terminar esta sencilla revista aplaudamos al Fomento del Trabajo Nacional y á su delegado y organizador D. José Soler por el éxito alcanzado.

A. GARCÍA LLANSÓ

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APÍOL DE LOS SRES. JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS SRES. JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPÓSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA MARCA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

P. MÈRE DE CHANTILLY
 ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÈRE
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse a voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÈRE
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataruras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
 Escribir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. EXIBARD y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT** DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan cio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

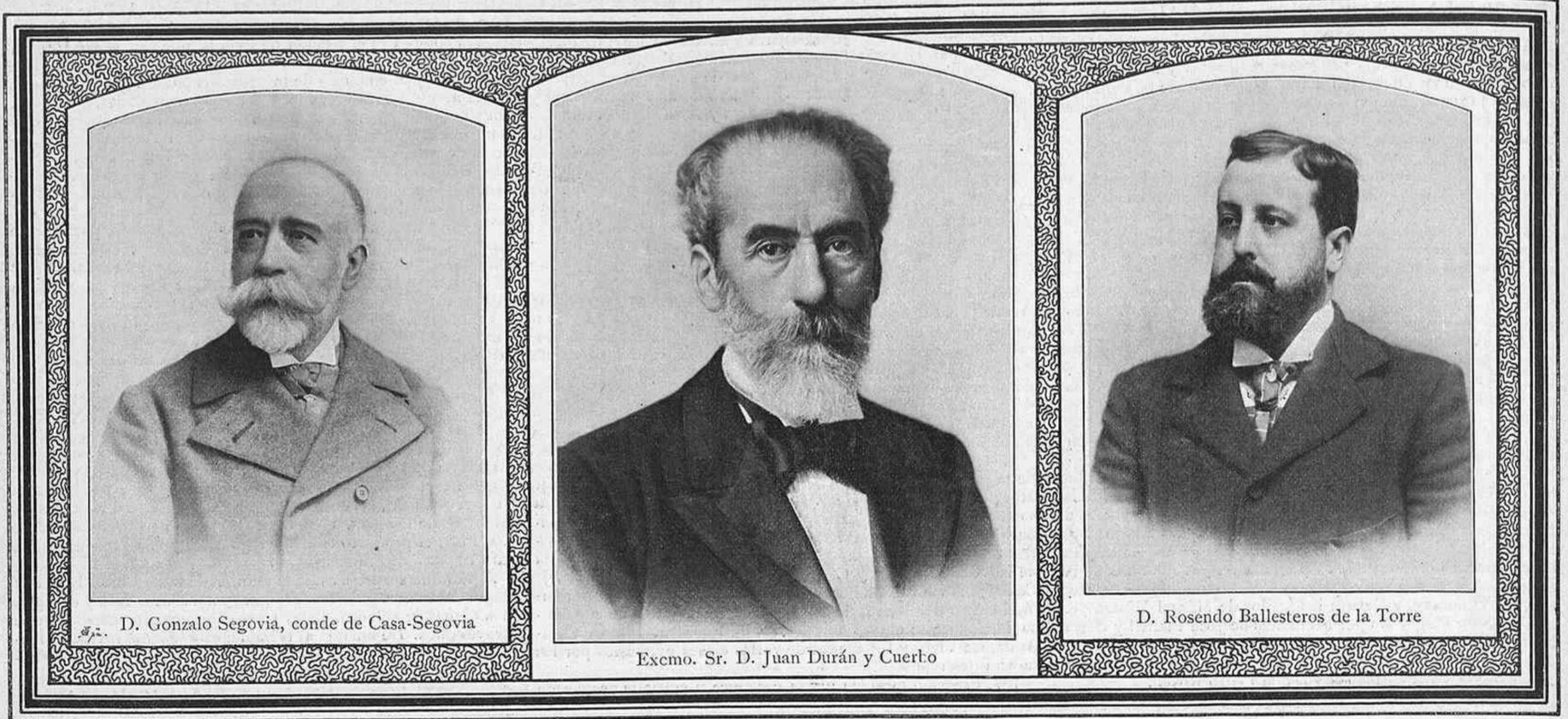
PILDORAS Y JARABE de BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Escrijase el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEADES CONSTITUCIONALES**
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Ane y Dermatitis.
 CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**
 Anemia, Clorosis, Empebramiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILLOVE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LOS ESPAÑOLES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

Al publicar en uno de nuestros anteriores números la vista del crucero *Río de la Plata*, que los españoles residentes en la Argentina y en el Uruguay regalan á la madre patria, nos ocupamos con el elogio que merecen de los trabajos realizados por la «Asociación Patriótica Española de Beneficencia.» Entre los principales miembros de ésta figuran los señores cuyos retratos reproducimos al frente de estas líneas.

El Excmo. Sr. D. Juan Durán y Cuerdo, ministro plenipotenciario de España en la Argentina y en el Uruguay, ha sido uno de los que más activa parte han tomado en la constitución de la Asociación Patriótica y de los que más han trabajado para que ésta diera los maravillosos resultados que viene dando. Es persona dotada de altas prendas de carácter, honradez é hidalguía y en él hallan los españoles de la Argentina y del Uruguay no sólo al defensor de sus intereses sino que también al amigo sincero y cariñoso.

El Dr. D. Gonzalo Segovia, conde de Casa-Segovia, nacido en Cádiz, es el presidente de la Asociación: á su patriotismo y talento organizador se debe que en menos de un año haya sido un hecho el regalo de un buque de guerra á España. A fuerza de labor y de constancia ha conseguido una posición brillante y con sus bondades ha conseguido el cariño de sus conciudadanos.

D. Rosendo Ballesteros de la Torre, hijo de Barcelona, es secretario general de la Asociación y tiene prestados á su patria grandes servicios que le han valido honrosas recompensas, entre ellas la cruz del Mérito Militar de 2.ª clase. El Sr. Ballesteros de la Torre es redactor de *El Correo Español*, periódico de Buenos Aires, y colaborador de varias importantes publicaciones americanas y españolas.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACIÓ MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I — CARNE - QUINA
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
II — CARNE-QUINA-HIERRO
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen también bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^a, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANNES et C^a B^a St-Denis, 16 en París

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL 35 105 3 RES
JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FA^a BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1807 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso Los Estreñimientos, Colicos, Bochorros y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
 Una cucharacía por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola : 2 fr. ; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN ex-Interno de los Hospitales
 PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores L. Annec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de aboboles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Gatarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria